



FRED WILLIAMSON

Caza de hombres



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1955
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

3. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobardo (3.ª ed.) (1).
5. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
13. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
18. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
186. Precinto «C» (3).
187. Un hombre (1).
188. Yo, el juez (4).
189. El capitán de su alma (6).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimatum! (4).
173. El ángel de Harlem (6).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata scorralada (14).
177. A una carta (8).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el interior (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Law-son (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (16).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (6).
197. Confusión (4).
198. La muerte de Leise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).

51. La nave fantasma (28).
52. Safari (24).
53. Eskimo (2).
54. Dos mundos (25).
55. La tumba verde (26).
56. Carne llagada (27).
57. Contrabando de guerra (28).
58. Tres rufianes (4).
59. ¡Mañana moriremos! (3).
60. Cuatro hombres y la muerte (14).
61. Un grupo de héroes (18).
62. De noche y a traición (3).
63. El hombre de las nieves (29).
64. Sangre en el asfalto (6).
65. Entre el amor y la ley (26).
66. Horas de angustia (8).
67. Redención (30).
68. El abogado (18).
69. ¡Deshonor! (31).
70. Jugando con la muerte (24).
71. Secuestro en Formosa (32).
72. El destino se burla (25).
73. La legión maldita (11).
74. Odisea (31).
75. Con la soga al cuello (27).
76. El mar y yo (2).
77. Huellas en la arena (6).
78. Noche sin aurora (3).
79. Contrabando funesto (33).
80. Persecución (18).
81. Jugándose la vida (4).
82. Cita en la frontera (8).
83. Perros contra buitres (34).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz. | (12) Díez Gómez. | (21) Robert Deaf. |
| (2) Frank McFair. | (13) Douglas Mc. | (22) Tomás Borrás. |
| (3) Edward Goodman. | (14) Alvin Cortrod. | (23) Pierre Irving. |
| (4) O. C. Tavin. | (15) H. A. Wayt- | (24) Jim Murray. |
| (5) F. N. Graw. | (16) Jack Grey. | (25) Louis Sand. |
| (6) Fel Marty. | (17) Jim Tell. | (26) Louis Rock. |
| (7) Eddie Thorny. | (18) Anthony Ben- | (27) Jan Hutton. |
| (8) Lewis Haroc. | (19) John L. Mar- | (28) Pat Richard- |
| (9) Paul Coster. | (20) A. Rolcest. | (29) Ralph O. Alons |
| (10) A. G. Murphy. | | (30) Bill O'Creigh. |
| (11) Richard Jack- | | (31) Albert Lazar. |
| son. | | (32) An Old Sailer |

*A Fanny Williamson, mi esposa y mi
guía.*

EL AUTOR.

I



lo largo de los muelles del Hudson, un individuo caminaba despaciosamente, con el aire de quien no va con un fin determinado, sino que deambula incierto o en espera de alguien.

Consultaba con frecuencia su reloj de pulsera y volvía la cabeza constantemente, dirigiendo sus miradas hacia el extremo de la calle, animadísima todavía en aquellas horas de la noche.

De pronto, al perderse entre el continuo fragor del tráfico la última campanada de las doce, el extraño individuo pareció abandonar su actitud de paseante curioso, cruzó la calle apresuradamente y pasó a la acera opuesta, quedando semioculto en el quicio de un portal.

Desde el lugar donde se hallaba podía ver perfectamente la

puerta de entrada de The Stork (La Cigüeña), y, mejor aún, el anuncio luminoso, de un brillante verde esmeralda que se encendía y apagaba intermitentemente y que silueteaba a la simpática y zancuda ave.

El hombre, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina oscura y el ala de su amplio sombrero muy inclinada sobre el rostro, fijaba su mirada en la puerta del famoso «*cabaret*», sin importarle otra cosa y pareciendo no ver siquiera a la gente que circulaba, apresuradamente, ante él.

Tampoco a los transeúntes parecía llamarles mucho la atención la extraña actitud suya. No era raro en aquel barrio ver individuos maniobrar en forma sospechosa, a la busca de alguna víctima posible.

Todavía se mantuvo el hombre en el mismo lugar, por espacio de una hora. Poco a poco fué disminuyendo el número de transeúntes. Los que quedaban eran en su mayoría marinos de los barcos anclados en los cercanos muelles, llenas de suciedad sus ropas y sus carnes y atiborrados sus estómagos de los infernales licores que expendían las innumerables tabernas del barrio.

Entre ellos, más cautos, con andar nervioso, mirando constantemente alrededor, como si se sintieran sempiternamente perseguidos, acosados, caminaban los aventureros de los bajos fondos, los dedicados a negocios inconfesables, o simplemente el hampón, el vulgar raterillo, siempre dispuesto a aprovechar la primera oportunidad para despojar a cualquiera de unos billetes o de unas monedas, aunque para conseguirlo tuvieran que hundir sus criminales cuchillos en los que reaccionaban en defensa de su escuálida bolsa.

En dos o tres ocasiones, individuos de esta laya se acercaron al que se cobijó en el portal, creyéndole sin duda presa fácil; pero bien pronto salían de su error al encontrarse con el negro cañón de una pistola, que apuntaba firmemente a sus personas.

—Dispensa, compañero —dijo uno de ellos, mientras se apresuraba a poner la mayor distancia posible entre su persona y el misterioso individuo.

El público callejero íbase haciendo cada vez más escaso. Las gentes decentes habíanse refugiado en sus hogares, y los hampones en los infectos tugurios, que, cerradas sus puertas exteriores en

cumplimiento de las ordenanzas municipales, continuaban, sin embargo, a puerta cerrada, una vida más intensa, si cabe, que durante las horas del día, pero menos ruidosa.

Nada de ello parecía preocupar gran cosa al hombre que se ocultaba en el portal. Seguía en su sitio indiferente a todo lo que no fuera la puerta del The Stork, y soportaba impertérrito el aire helado que soplaba procedente del Norte y que había contribuido, en complicidad con una lluvia ligera y fría, a dejar casi desierta la calle, mucho más que lo avanzado de la hora.

Paulatinamente, las luces multicolores de los anuncios de los numerosos «*cabarets*» escalonados a lo largo de la calle fueron apagándose como cansadas de lanzar sus destellos sobre el mojado asfalto de la calzada. Los escasos vehículos aparcados frente a las puertas del The Stork desaparecieron hasta no quedar más que uno solo, un «Jaguar» escandalosamente lujoso, con la carrocería pintada de un detonante color amarillo, que a la luz del día debía hacer daño a la vista.

Podía apostarse sin temor a perder que aquel coche debía pertenecer a alguien tan cargado de dinero como falto de buen gusto. A algún «magnate» del mercado negro, a algún boxeador en boga o a un «boss» en candelero.

El hombre del portal seguía vigilando la puerta del «*cabaret*». Sólo se hallaba ante ella el portero, desprovisto ya de su rutilante uniforme de general de opereta. Con un manojo de llaves en la mano izquierda, y sosteniendo con la diestra un descomunal paraguas colorado, esperaba con impaciencia a algún cliente rezagado; sin duda alguna, el dueño del auto amarillo huevo.

El misterioso individuo juzgo llegado el momento de obrar. A la puerta del «*cabaret*» habían aparecido tres personas. El portero abrió el inmenso paraguas, disponiéndose a cubrir con él a los recién llegados. Se trataba de dos hombres y una mujer. Ella cubría su vestido de noche con una capa de armiño que le llegaba hasta la cintura. Uno de los hombres, su acompañante, llevaba un abrigo negro sobre el «*smoking*» y se detuvo unos instantes con el otro, que le oía en actitud respetuosa.

El hombre del portal había cruzado la calle de nuevo y con paso vacilante y tortuoso se dirigía hacia la puerta del «*cabaret*». El cuello alzado de su gabardina y las alas bajas de su amplio

sombrero sólo dejaban ver unos ojos negros, de mirada febril. Su persona y su actitud sólo merecieron una mirada distraída de los que se hallaban a la puerta del «*cabaret*».

La mujer y el individuo del abrigo, protegidos contra la lluvia por el enorme paraguas que empuñaba el portero, atravesaron la acera para penetrar en el coche. Lo hizo en primer lugar la mujer. Y cuando el hombre fué a seguirla, sucedió lo inesperado. El fingido borracho, que se encontraba entonces a su misma altura, a espaldas del negro portero, sacó rápidamente su mano del bolsillo de la gabardina.

Sonaron dos disparos, amortiguados por el silenciador. El individuo del abrigo, sin exhalar ni una queja, se derrumbó de bruces sobre el suelo del auto, a los pies de la mujer, que lanzó un alarido de terror. El negro dejóse caer al suelo, buscando una protección absurda tras del rojo y abierto paraguas.

Fué todo rápido y sorprendente. El chofer descendió de su asiento sin saber todavía lo que ocurría y acudió solícito a socorrer a su jefe. Su asombro fué grande al verlo tendido en el fondo del auto sobre un charco de sangre que teñía la gruesa alfombra del coche. Miró asustado a la mujer que yacía en el asiento, desmayada, y se volvió hacia el negro, que, levantado ya, había abandonado el horrible paraguas y, temblando violentamente, señalaba al fondo de la calle, mientras murmuraba palabras ininteligibles.

El chofer miró hacia donde señalaba el negro y sólo acertó a ver a un individuo, mejor dicho, una sombra, que se hundía en la negrura más densa de la calle.

Zarandeo violentamente al negro, y viendo que era imposible sacar nada en limpio de él, se internó corriendo en el «*cabaret*», dando voces:

—¡Míster Privat! ¡Míster Privat!

A los pocos minutos salía de nuevo acompañado del individuo que antes saliera con la pareja hasta la puerta del «*cabaret*».

El hombre que ocupaba un asiento frente por frente de Arnold Pack, inspector del

F. B. I.

en Nueva York, no parecía muy satisfecho.

El capitán Larry Quimms, de la Policía Metropolitana de Nueva

York; no compartía la actitud ni la opinión de muchos de sus colegas, respecto a la formidable organización policíaca federal. Por las razones que fueran, por la escrupulosa selección de su personal, por su libertad de iniciativas y de acción, dentro de la más estricta disciplina, por los superiores elementos de que disponía, había, que reconocer que la gente del

F. B. I.

triunfaba siempre en los casos en que intervenía.

Quimms lo reconocía así, y no abrigaba resquemor alguno contra los federales. Todo lo contrario, los admiraba, y contaba entre ellos con muy buenos amigos, entre los que figuraba, en primer término, el inspector Arnold *Pack*, con el que había colaborado en algunas ocasiones, y al que le unía una entrañable amistad.

Sin embargo, en la presente ocasión no visitaba a su amigo por gusto. Quimms había sido encargado por sus superiores del caso del asesinato de James Howard, dueño del club de noche The Stork, hecho ocurrido unos días antes.

El capitán comenzó inmediatamente su labor. No disponía de más elementos de inicio que las declaraciones del chofer, la del portero negro y las de la amiguita de Howard. Lucy Crowley; pero, desgraciadamente, ninguna de ellas aportaban dato alguno que pudiera facilitar la más leve pista.

No habían visto al asesino, mejor dicho, no se habían fijado en él, creyéndole un transeúnte casual. Sólo coincidían en declarar que llevaba una gabardina oscura y que era un individuo de mediana estatura, que estaba borracho, o simulaba estarlo.

A pesar de sus reiterados esfuerzos, Quimms no había logrado adelantar ni un solo paso en sus indagaciones. No obstante, en opinión suya, el tiempo transcurrido no era suficientemente largo para poder considerar como fracasadas sus gestiones.

Por eso, su asombro y su disgusto fueron grandes cuando su jefe superior le llamó a su despacho, y le dijo:

—Capitán Quimms: sírvase hacer entrega de todo lo actuado en el caso Howard al inspector *Pack*, del

F. B. I.

—¿Cómo es eso, señor? No me juzgo fracasado.

—Es una opinión muy respetable, capitán, aunque un tanto

optimista. Han pasado varios días...

Quimms contenía a duras penas su indignación, pero se reprimió al oír que su jefe añadía, suavizando su tono:

—No discuta, Quimms. Sepa usted que no es cosa mía. Es una orden de Washington. ¡Quién sabe! Es posible que alguno de esos señores del

F. B. I.

, con su superior inteligencia, haya podido averiguar que la muerte de James Howard, rufián inaprensible, protegido de magnates y politicastos, esté relacionada con algo que constituya un peligro nacional.

Quimms no dejó de observar el tono amargamente irónico de su jefe. Conocía la profunda antipatía que sentía hacia la Policía federal, pero también sabía que tal antipatía no se asentaba en una torpe envidia, sino en la idea que sustentaba, según la cual la Policía Metropolitana podría obtener los mismos éxitos que el

F. B. I.

de contar con los medios que éste cuenta.

Enamorado de su cargo, al que había llegado después de largos años de servicios, Tom Blyth se negaba a reconocer la superioridad de ningún otro Cuerpo policíaco sobre el suyo. Pero ahí cesaba toda su animosidad, pues anteponía a ella su amor a la Justicia. Había algo por encima de su antipatía, y era su afán y su deseo de que ningún crimen quedara impune.

Más de una vez, al ver triunfar al

F. B. I.

donde sus hombres habían fracasado, había recibido la noticia con una maldición. Inmediatamente llamaba a su presencia a los agentes suyos que habían trabajado en el caso, les sermoneaba severamente, acusándolos de ineptos, para terminar diciendo:

—Bueno, muchachos: otra vez será. Lo importante es que un bandido —añadía, refiriéndose al criminal— no haya escapado al castigo. «Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo».

Y por esa razón, el capitán Quimms, de no muy buen humor, se hallaba sentado frente al inspector del

F. B. I.

Arnold Pack, en el despacho de este último.

Pack leía atentamente el informe del capitán de la

Metropolitana, mientras éste lo contemplaba en silencio. Ya había ampliado de palabra cuánto en el informe se decía, y esperaba que el hombre del

F. B. I.

, terminara de releer su escrito, para volver a sus ocupaciones, si *Pack* no tenía más preguntas que hacerle.

—Bien, Quimms. Creo que esto es todo —dijo el inspector, mirando, sonriente, a su colega—. Comprendo que le habrá disgustado tener que cedernos este caso. A mí me hubiera ocurrido lo mismo.

Larry Quimms se encogió de hombros levemente. El inspector continuó:

—No tengo ningún reparo que oponer a las gestiones y diligencias hechas por usted. Son las mismas que hubiera hecho yo. Sin embargo, alguien en Washington ha creído ver en todo esto algo que a ustedes se les ha escapado, y que hace que el asunto caiga de lleno en nuestra jurisdicción. No estoy autorizado para decir a nadie, todavía, en qué consiste ese algo.

—¿Quién ha sido ese súperinteligente, que ha sabido ver claro donde nosotros nada hemos visto?

—No lo sé. Y es posible que tampoco en Washington lo sepan —añadió el inspector, algo molesto por la cruda ironía de Quimms—. Probablemente, todo será obra de alguna confidencia, algún anónimo.

—¿Qué es lo que se nos ha escapado? —volvió a preguntar Quimms.

—Tengo entendido que en el espacio de dos meses escasamente, y con anterioridad al asesinato de Howard han ocurrido en Nueva York otras cuatro muertes violentas, o en circunstancias extraídas, cuyos autores no han sido habidos. ¿Qué sabe usted de eso, Quimms?

El capitán de la Metropolitana se sonrojó fuertemente. Era cierto lo que *Pack* decía. Habían sucedido en el plazo dicho cuatro muertes, cuyo misterio estaba todavía por desentrañar. En dos de los casos no existía dato alguno para poder determinar con exactitud si se trataba de crimen, suicidio o accidente. Los otros dos habían sido asesinatos, sin género de duda alguna.

Las víctimas habían aparecido en cuatro distritos de Nueva York,

muy alejados unos de otros. La forma de cometerse los crímenes en el caso de que los cuatro lo fueran, diferían en los cuatro casos; no guardaban analogía alguna entre sí. Finalmente, las cuatro muertes habían ocurrido con un largo espacio de tiempo entre una y otra, o, por lo menos, con el suficiente para que a nadie se le hubiera ocurrido, ni a la Metropolitana, ni a la Prensa sensacionalista, ni al público en general establecer relación alguna entre las cuatro hechos.

—Francamente —dijo Quimms—, yo no veo más que un solo hecho que pueda establecer un común denominador para los cuatro casos, y es que en ninguno de ellos se haya podido detener, hasta ahora, al culpable. Pero supongo que es tan sólo una extraña coincidencia. Comprenderá que en una ciudad como Nueva York, donde diariamente ocurren...

—No se esfuerce, Quimms. A mí no tiene usted que convencerme —afirmó, sonriendo, el hombre del F. B. I.

—. Soy el primero en decirle que, a no ser por la orden y los informes de Washington, no hubiera establecido ninguna relación entre esas muertes, en las que, por otra parte, no puse el menor interés, por creer que se trataba de algo que les afectaba a ustedes única y exclusivamente, pero...

—Bueno —cortó Quimms, levantándose y encogiéndose de hombros—. Ya sabe usted lo mismo que yo con referencia al caso Howard. Ahora sólo me queda desearle buena suerte. Mejor que la que yo he tenido.

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

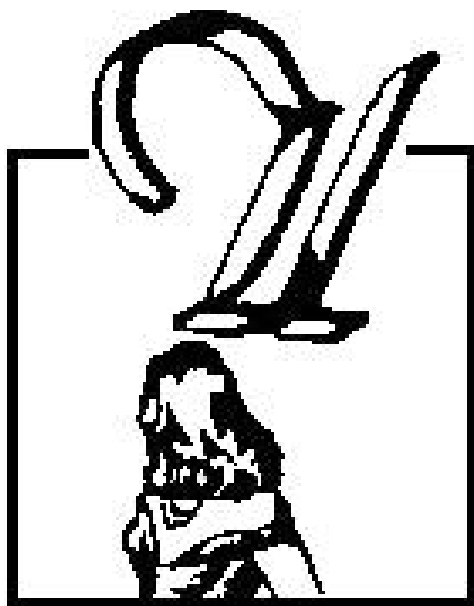
Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

II



NA vez solo, el inspector *Pack* pulsó un timbre, y no tardó en comparecer ante él un joven de unos treinta años, de estatura menos que mediana, francamente feo, aunque de una fealdad simpática, que, sin esperar la invitación de su jefe, tomó asiento en el mismo sillón que minutos antes ocupara el capitán Quimms.

En silencio, el inspector *Pack* le tendió el informe que aquél le diera, y Joel Ford, agente especial del F. B. I.

, metióse un «chicle» en la boca y, pasando una de sus piernas sobre el respectivo brazo del sillón, en una postura no muy correcta, se sumió en el examen de los papeles que le tendiera el inspector, sin parecer ver la mirada reprobadora de *Pack*.

Lo cierto era que a Joel Ford, como decía el inspector *Pack* en muchas ocasiones, no se le había «desprendido el pelo de la dehesa». Nacido en Wyoming, en el rancho propiedad de sus padres, había crecido entre «cowboys» y reses, y todo el mundo empezando por su progenitor —creyó que Joel sería el lógico continuador de la labor de su padre.

Éste no quiso, sin embargo, que su primogénito fuera un labrador rudo e ignorante. El rancho de los Ford era uno de los más importantes del Estado, su dirección reclamaba una persona que, además de conocer y practicar las labores propias del negocio, supiera también administrarlo debidamente.

Juzgó necesario, por tanto, que su heredero fuera un hombre culto, que supiera tratar con los vaqueros y con los clientes, y, en particular, que no se dejara engañar por éstos ni por aquéllos.

Venciendo la obstinada resistencia de Joel, e imponiendo su autoridad de padre: envió al chico a Chicago a estudiar, sin presumir que con ello iba a cambiar por completo el destino de su hijo.

Efectivamente, el joven sufrió mucho en los primeros meses. No lograba olvidar ni un solo momento su hogar, la vida al aire libre, la lucha con las reses. Acudía diariamente a clase, demostrando ser un estudiante mediano. No le tenía una desmedida afición a los libros. Las matemáticas, particularmente, le resultaban odiosas.

Pero como estaba dotado de una gran inteligencia y de un inmenso poder de asimilación, además de gran fuerza de voluntad y mucho amor propio, aprendía en la mitad de tiempo que sus condiscípulos, y conseguía hacer un papel, si no brillante, muy aceptable.

Pero lo que no lograron sus compañeros de estudios fué arrastrar a Joel en sus correrías. La gran ciudad le asustaba. Las horas libres las pasaba encerrado en su cuarto, pensando en su Wyoming. Hasta que un día...

Un día, un compañero de estudios y de pensión intentó, como de costumbre, que Joel le acompañara a dar una vuelta por la ciudad, y, como de costumbre también, el joven se negó. El amigo, irritado por su negativa, se marchó, cerrando con fuerza la puerta.

Joel creyó que ya se habría ido, y se disponía a entregarse de nuevo a sus recuerdos, cuando la puerta de la habitación se abrió

por segunda vez, y el estudiante, arrojándole un libro a la cabeza, gritó:

—¡Toma, idiota! Para que te entretengas un poco y no pienses más en tus vacas.

Joel no hizo ningún caso del libro, y contestó a las palabras de su amigo con una carcajada. Más tarde, medio adormilado, una de sus manos se posó sobre la novela. La abrió, y la hojeó distraídamente. Leyó unas cuantas líneas; sonrió, y por un momento parecía dispuesto a arrojarla al suelo... ¡Cuatro horas después se había leído la novela entera! Era una novela policíaca. En aquel preciso momento, los Estados Unidos perdieron un ganadero, un «cowboy».

Al parecer, Joel continuó su vida de siempre. De regreso a su casa se encerraba en su habitación... a estudiar. En honor a la verdad, no es posible decir que progresara excesivamente en sus estudios. Se limitaba a cumplir, como de costumbre. Jamás fue «el primero de la clase», pero tampoco el último. En su mesa de trabajo, los libros de texto ocupaban siempre la misma superficie; en cambio, en los cajones, la mesilla de noche, el armario y cuántos lugares eran susceptibles de ello, se amontonaban las novelas de un solo género: policíaco.

Por aquel entonces, 1946, la Prensa de toda la nación, y particularmente la de Chicago, dedicaba gran espacio a la misteriosa desaparición de una joven que se suponía raptada y secuestrada por unos «gangsters», con fines de chantaje. El asunto apasionaba a la opinión pública, y Joel no era de los menos interesados. Cuando los periódicos dieron la noticia de que el asunto había sido cancelado con el descubrimiento de los secuestradores y el rescate de la muchacha, sana y salva, por los agentes del

F. B. I.

, la vocación de Joel Ford estaba ya exactamente definida: sería del F. B. I.

Joel se olvidó de las vacas, de los rodeos, de los terneros, del campo en general, hacia donde se inclinaban siempre sus simpatías. Se olvidó igualmente de las matemáticas, de la contabilidad y de otras cosas por las que jamás sintiera afecto, pero siguió estudiándolas, porque se enteró de que una de las cosas que exigían

para el ingreso en el

F. B. I.

era estar en posesión de un título académico, y él, para estar seguro de su ingreso, no se conformó con uno: quiso dos. Y como consecuencia de esta resolución, el viejo Ford recibió un telegrama, que decía:

«Quiero hacerme abogado. Abrazos. —Joel».

No se le alcanzaba al viejo granjero la necesidad que tenía su hijo de ser abogado, para el día de mañana dirigir su floreciente hacienda. Pero tampoco creyó oportuno ser intransigente y oponerse a la nueva vocación de su primogénito. Al fin y a la postre, un abogado en la familia no estaba mal. Hasta le daría cierto lustre. En vista de ello, dio su asentimiento, y lo que era más práctico, desde el punto de vista de Joel: siguió mandando giros periódicamente y de más importancia que cuando sólo estudiaba contabilidad y aquellas otras pesadeces.

Y Joel se aplicó de verdad. Estudió, y aprobó la carrera en un tiempo récord, y cuando telegrafió a su padre diciéndole que ya tenía en su poder el título de abogado, el viejo ranchero sintió una honda emoción y una profunda alegría, y no pudo evitar que dos lagrimones surcaran su tostado y curtido rostro. Pronto tendría a su lado a Joel. Y por cierto, que estaba haciendo falta su presencia allí. Él estaba ya algo cascado, y no le vendría nial que los jóvenes hombros de su hijo mayor cargasen con una buena parte del trabajo, que ahora pesaba sobre los suyos exclusivamente.

Sus esperanzas se vieron frustradas por otro telegrama, recibido cuando ya le empezaba a parecer al viejo que su hijo se tomaba unas vacaciones demasiado largas, después de conseguir el flamante título. El telegrama decía así:

«Aprobado para ingresar Academia

F. B. I.

en Quántico. Llegaré a ésa viernes próximo, para descansar unos días antes incorporarme. —Joel».

El viejo Ford lanzó unos rotundos tacos, que lastimaron los oídos de los vaqueros que junto a él estaban, e hicieron enrojecer a dos

ternerillas en edad de merecer, que triscaban alegremente por allí cerca. Por espacio de un cuarto de hora dio una verdadera lluvia de órdenes y contraórdenes. Juró y perjuró que su segundo hijo, Michael, no tendría más maestro que el «dómine» que representaba, muy modestamente por cierto, al magisterio, en el vecino poblado; prohibió que nadie del rancho fuera a recibir al picapleitos el próximo viernes, y..., cuando este día llegó..., mandó enganchar la carretela de lujo, y dos horas antes de que el tren se detuviera en la próxima estación, él mismo, embutido en su traje dominguero, el de las grandes solemnidades, y teniendo a su lado a Michael, muchachito de quince años, y a Rachel, una linda jovencita, promesa de magnífica mujer, paseaba impaciente por el andén, mirando constantemente hacia el punto por donde había de aparecer el convoy que conducía de regreso a su hogar, al «abogaducho», al «polizonte».

El abogaducho aprobó en Quántico. No con excesivo lucimiento, es verdad, pero aprobó. No pudo obtener, ni los profesores se las dieron, brillantes notas en todo cuanto significara estudio de textos más o menos farragosos; le era materialmente imposible aprenderse páginas y más páginas de lectura amazotada, para soltarlas, como un papagayo, ante el profesor.

Él tenía su sistema. Muchas veces aprendía la lección oyéndosela repetir un par de veces a un condiscípulo machacón, que para que le entraran en la cabeza había de leerlas en voz alta. Joel asimilaba el contenido del tema en estudio, comprendía el fondo, pero se cuidaba muy poco de la forma, y ante el profesor lo explicaba a su modo, en un estilo breve, conciso, pero claro. Y demostraba perfectamente, a quienes le oían, que había calado la esencia del asunto a tratar, aunque lo desarrollara en forma poco académica, inelegante.

Y gracias a ello, a su doble título académico y a que en todos los ejercicios que requerían acción, movimiento, rapidez de reflejos, había obtenido el número uno, con evidente superioridad sobre los demás alumnos; Joel logró ver hechos realidad sus sueños y conseguir el título de agente especial.

Las esperanzas que algunos de los profesores pusieron en el nuevo agente no se vieron defraudadas. Intervino en varios asuntos, al principio en compañía de algún veterano; después,

completamente solo, y a los cuatro años de su ingreso en la famosísima organización federal, Joel Ford estaba considerado como uno de los agentes de más prestigio del Cuerpo, y gozaba de la plena confianza y admiración de sus jefes y compañeros.

El inspector *Pack*, a cuyas órdenes trabajaba desde hacía dos años, tenía en él absoluta confianza, especialmente para ciertos asuntos. Jamás se le ocurriría encargar a Joel de ningún caso en el que el agente tuviera que codearse y convivir con la alta sociedad.

La figura rechoncha, maciza, casi cuadrada de Joel desentonaba en los salones. El «*smoking*» le sentaba como un tiro, y él frac..., como dos, por lo menos. Y él lo sabía. Decía con frecuencia, a todo el que quería oírle, que prefería cien veces tenérselas que ver con toda una pandilla de «gangsters», que soportar, por espacio de tres o cuatro horas, el martirio de un cuello almidonado clavándosele en el suyo propio.

Pero cuándo se trataba de un asunto cuyo desarrollo tenía lugar en la calle, en los bajos fondos, en los barrios tortuosos del Harlem, por ejemplo, habitados por hampones y ramera, Joel Ford era el agente indicado; el hombre que, con toda seguridad, sabría llevarlo hasta un final victorioso, con un número de probabilidades mucho mayor que cualquiera de los demás agentes que constituyen la plantilla del

F. B. I.

de Nueva York.

No quiere decir esto que el inspector *Pack* tuviera la seguridad de que el caso Howard, como había sido bautizado por la Prensa neoyorquina, hubiera de desentrañarse en los bajos fondos de la ciudad. Nada de eso. En aquel preciso momento, el inspector del

F. B. I.

no tenía la menor noción de lo que había que hacer, ni por dónde habían de empezar a comer el desagradable pastel con que le habían obsequiado los señores de Washington.

Sólo tenía como base sobre la que asentar el edificio de las investigaciones que personalmente había de dirigir, los datos personales sobre las cinco víctimas, facilitados por la Policía Metropolitana.

Pack se sonrió pensando en el capitán Quimms. Para éste, solo existía una circunstancia igual en los cinco casos: que nunca había

sido detenido el autor.

Pero el inspector del
F. B. I.

, a pesar de su casi total ignorancia sobre el asunto, sabía algo más. Muy poca cosa, es cierto. Algo que solamente gozando de un optimismo a toda prueba podía calificarse como probable pista siquiera. Pero no podía desdeñar ningún detalle, por ínfimo que fuese. Las cinco víctimas tenían cierta relación entre sí. Todos ellos fueron, en vida, hombres de conducta dudosa.

No estaban fichados por la Policía, ni, por lo que de ellos se sabía, habían sido huéspedes de alguno de los famosos establecimientos que el Estado mantenía en diversos puntos del país, y de los que los más famosos llevaban los nombres de Sing-Sing

, Alcatraz, Saint Quentin, etcétera; pero, sin embargo, no se trataba de hombres a los que, en justicia, pudiera llamárseles hombres decentes.

No eran maleantes o delincuentes, en el sentido nato de la palabra. Por lo menos, no había sido posible probarles ninguna actividad fuera de la ley. La Policía sospechaba de ellos. Eso era todo.

—¿Quiénes eran los otros cuatro? —preguntó Ford, cuando hubo terminado de leer el informe de la Metropolitana sobre la muerte de Howard.

—En primer lugar —respondió el inspector—, figura Harry Clifords. Se trataba de un hombre muy conocido en ciertos medios. Promotor de combates de boxeo, entre luchadores de poca categoría, en locales de menor categoría aún.

—¿Cómo murió?

—Según parece, se arrojó al paso de un tren en una estación del Metro, en el Bronx.

—¿No fue así? —preguntó Ford, en su habitual estilo conciso, casi telegráfico.

—En principio hubo dos versiones. Unos decían que se arrojó él mismo, y otros aseguraban que se trataba de un accidente. La aglomeración de gente en la estación era mucha, y en una de las «oleadas», Clifords, que estaba al borde del andén, perdió el equilibrio, y cayó a la vía en el preciso momento en que llegaba el

convoy. Pero ahora surge la tercera versión. La que ha dado el confidente de Washington. Según éste, hay varias personas que afirman haber visto que alguien, simulando ser empujado por el público, empujó a su vez a Clifords.

—¿Quién ese alguien?

—Ésa es una de las cosas que deberá usted averiguar, muchacho —respondió el inspector, con sequedad.

—Bien, jefe. ¿La segunda víctima?

—Dan Parrot. Antiguo «boomacker». Asesinado. Dos tiros en la nuca.

Ford levantó la cabeza, y sonrió. Sabía que a su jefe le molestaba su forma de hablar, y que, para recordárselo, recurría a una imitación todavía más acentuada.

—Perdone, inspector. No me he dado cuenta.

A *Pack* le desarmó, como de costumbre, el tono contrito y respetuoso del muchacho.

—Olvídelo, Joel... El tercer muerto —continuó, consultando unos apuntes— fue Alan Blyth. Se le suponía dueño de dos garitos clandestinos, a cuyo frente, como es natural, figuran dos individuos respetables..., hasta donde buenamente puedan serlo: dos «hombres de paja». Apareció muerto en su departamento de Brooklyn. El médico certificó congestión cerebral. El forense, también. La Metropolitana no hizo nada, como era natural. Pero ha salido ahora esa confidencia...

—¿El quinto?

—Sobre ése no hay la menor duda, Joel. Se llamaba Nels Power; dirigía una agencia teatral, en Broadway. Fué apuñalado en su propio despacho. Pero nadie vio al autor ni pudo aportar dato alguno. Al parecer, Neis tenía la costumbre de continuar trabajando cuando sus empleados abandonaban la oficina. E incluso recibía visitas. Eso es todo —terminó el inspector.

—Y ahora, Howard, ¿no es así? No contamos con gran cosa, me parece.

—Exacto, Joel. Hay que reconocer que no es mucho lo que sabemos: pero otras veces hemos, empezado con menos, ¿no cree?

—Sí... —reconoció, sin mucho entusiasmo, Ford—. ¿Tiene alguna otra cosa que mandarme?

—Nada más. Tiene plena libertad de acción y de iniciativas,

Joel. Tome la gente que necesite, y actúe con rapidez y energía. En Washington creen que, de no detener a ese loco, la serie de asesinatos y de accidentes, más o menos casuales, tomará proporciones aterradoras. Suponen que el autor de los cinco casos es la misma persona. No sé de dónde deducen eso; pero yo también me inclino a creerlo así. Estaré siempre, aquí o en mi casa. Infórmeme a menudo.

III



UANDO Joel Ford abandonó el despacho de su jefe, su rostro no reflejaba satisfacción alguna. Tenía la seguridad de que le habían entregado una enorme madeja, terriblemente enmarañada, con el encargo de desenredarla. Pero la madeja no tenía ningún cabo visible. O, por lo menos, él no lo veta.

No quiso invitar a ningún compañero suyo a que le ayudara. ¿Para qué? Si él mismo no sabía por dónde empezar. ¿Qué misión o qué labor podría encargar a nadie?

Con el sombrero muy echado hacia la coronilla y las manos en los bolsillos del pantalón, salió a la calle, en espera de que en su cerebro brotara la chispita inspiradora, la que habla de indicarle por dónde empezar a trabajar.

Caminó sin dirección fija, hasta encontrar una boca de una

estación del «subway». Sacó un billete en una máquina automática, y una hora después se encontraba en pleno corazón del Bronx, el barrio donde había ocurrido el primer caso: el suicidio o accidente de Clifords. No tenía formado plan alguno todavía. Pensó, no obstante, que no estaría de más averiguar algo sobre la vida y costumbres de las cinco víctimas. Las víctimas de un paranoico, según los temores de Washington, a quien era absolutamente necesario detener en su carrera criminal cuanto antes.

No tardó en hallarse frente a la casa donde residiera Harry Clifords, el antiguo promotor de combates de boxeo que, según algunos habíase suicidado, por dificultades económicas.

Procurando no llamar la atención, hizo algunas indagaciones entre la vecindad. No legró averiguar gran cosa. Poco más o menos, lo mismo que sabía cuándo abandonó el despecho del inspector Pack.

Sin embargo, hubo algo que despertó su atención. De los informes obtenidos por él, se deducía que la situación económica de Clifords no parecía ser tan mala como para arrastrarle a un acto de desesperación.

—Nadie me hará creer —le dijo el portero de la casa donde aquél habitara— que el señor Clifords se haya suicidado... por ese motivo. No era lo que se pudiera llamar un hombre riquísimo, pero vivía bien. No tenía deudas, que sepamos, y su carácter era el menos parecido al que, en mi opinión, ha de tener un suicida. Era el optimismo personificado. En fin... que se me hace muy cuesta arriba creer eso que dice la gente.

—Eso me ha parecido comprender de lo que me han dicho en el barrio.

—Le repito que era un hombre alegre por naturaleza. El mismo día de su muerte estuvimos hablando sobre el próximo espectáculo que iba a presentar. Decía que contaba con buenos boxeadores, y se las prometía muy felices.

—¿Recibía muchas visitas? Quiero decir que si tenía muchos amigos.

—Debía tenerlos; su profesión lo requiere. Ahora, si usted se refiere a verdaderos amigos, pues no sé qué decirle. Aquí no venía casi nadie a verle —después, como recordando algo a lo que no concedía mucha importancia, añadió—: De tarde en tarde se reunía

en su departamento con unos cuantos señores, Permanecían juntos varias horas, y luego cada cual se iba por su lado. Consumían bebidas en abundancia. Debían ser reuniones de negocios.

—¿Se acuerda usted cuándo tuvo lugar la última reunión?

El portero tardó unos segundos en responder, probablemente haciendo memoria sobre ello.

—Sí; debió de ser un mes o algo más antes del día de su muerte.

Joel se sintió algo desilusionado. Sin embargo, hizo una última pregunta al portero:

—¿Ha venido alguno de ellos después de su muerte? ¿Qué sabe usted de los amigos de Clifords?

—No, no ha venido ninguno. Y no tiene nada de particular. A veces, entre dos reuniones pasaban cuatro a seis meses, y más aún. En cuanto a sus amigos, es bien poco lo que sé; casi nada, podríamos decir. A algunos de ellos los conozco de vista, pero no sé sus nombres. A otros, ni siquiera eso. Cruzaban velozmente el portal, en uno u otro sentido, y desaparecían, sin dar tiempo a fijarme en ellos; pero éstos eran los menos. Un par de ellos, si acaso.

El agente del

F. B. I.

confirmó plenamente las declaraciones del portero, y llegó a la conclusión de que, quienquiera que fuese el confidente que había informado a Washington, debía estar muy próximo a la verdad, al afirmar la existencia de dos o más personas que habían visto cómo un brazo misterioso empujaba violentamente a Clifords, haciéndole caer entre las ruedas del convoy.

Sí...; alguien había visto algo anormal. Lo que ya no se podría averiguar con igual facilidad sería la personalidad de los que habían visto el brazo asesino, especialmente para poderles preguntar si habían visto también el rostro. Y lo que ya pasaba de los límites de lo difícil, para caer en lo de casi lo imposible, sería encontrar a quien, habiendo visto dicho rostro, tuviera el valor suficiente para decir a quién pertenecía.

Sin embargo, Joel se hizo el propósito de regresar al Bronx, provisto de sendas fotos de las cinco víctimas, para que el portero las examinara con todo detenimiento, y así se lo hizo saber al hombre, que manifestó su absoluta conformidad.

Anduvo en sentido contrario al seguido anteriormente, aunque

con pocas esperanzas de conseguir algo tangible. Quería hacer algunas indagaciones en la estación del Metro en que ocurriera el suicidio, crimen o accidente.

Ford no era partidario de dejar nada al azar. No se le ocultaba lo difícil de su misión. Al cabo de dos meses largos de ocurrir la muerte de Clifords no confiaba mucho en lo que, acerca de ello, pudieran recordar los empleados del Metro, en el supuesto de que hubieran visto algo.

Efectivamente, su visita constituyó un verdadero fracaso. Un fracaso rotundo. Los empleados no sabían absolutamente nada. Sabían, sí, que en la fecha había muerto un hombre arrollado por uno de los trenes, pero nada más. Estaban atentos a su trabajo, como habían de estarlo siempre, y no tenían tiempo material para fijarse en el público. Habían sido interrogados repetidas veces por la Policía y, naturalmente, siempre habían respondido lo mismo.

Pensó Ford, entonces, en la conveniencia de ponerse en contacto con el Precinto policíaco de aquel distrito. Un cambio de impresiones con el jefe del Precinto o, mejor aún, con el agente que se encargara de aquel caso, podría proporcionar alguna luz en medio de las tinieblas en que se debatía.

Subió de nuevo a la calle, y se encaminó hacia el Precinto. Con las manos en los bolsillos, sumido en sus pensamientos, caminaba con paso moderado. El tráfico era intenso aunque sin alcanzar la densidad de las grandes arterias de Manhattan.

De pronto se sintió empujado violentamente, y cayó al suelo. Fué a levantarse, rabioso, decidido a responder en forma adecuada a su agresor. Pero se lo impidió el inconfundible tableteo de una pistola ametralladora y el silbido de las balas sobre su cabeza.

No obstante, pudo ver, a dos pasos de él a un «cop» en pie, disparando valientemente contra un auto que huía, pero ésta, visión duró escasamente una décima de segundo. El servidor del orden, el heroico agente uniformado, vacilaba sobre sus piernas y, alcanzado por las balas asesinas, se derrumbaba pesadamente sobre la calzada. Todo había transcurrido en unos segundos escasamente.

Cuando Ford, volviendo de su sorpresa, se levantó con la «Luger» en la mano, el coche asesino desaparecía rápidamente por una calle transversal. Fue inútil que el agente del
F. B. I.

mirara en todas las direcciones, en busca de un vehículo en el que poder seguirlo. El tiroteo entre el «cop» herido y los misteriosos asesinos había dejado desierta la calle.

Abandonó su intento de persecución para atender al agente herido. No tardó en comprender que su estado era sumamente grave. No menos de tres heridas perforaban el pecho del «cop». Ford oyó el ruido de la sirena de un coche policíaco que marchaba a gran velocidad.

La reacción ciudadana había sido la de costumbre: huir del peligro. Sin embargo, alguien debía haber tenido la idea de telefonar al próximo Precinto, y la Policía acudía..., un poco tarde.

Un sargento, tres agentes de paisano y media docena de policías uniformados se apearon de los cuatro coches ligeros, dirigiéndose al grupo formado por el hombre del

F. B. I.

y el herido. El sargento, pistola en mano, se dirigió al joven:

—¡Suelte esa arma, y levante los brazos! —gritó.

Ford no obedeció la orden. Puso ante los ojos del sargento su insignia, que había sacado previamente del bolsillo del pantalón, y respondió:

—Este hombre está muy grave, sargento. Disponga que lo conduzcan en uno de esos coches al hospital más cercano. ¡Es urgente!

El sargento lo dispuso así, sin intentar entrar en más averiguaciones, por el momento. Cuando el coche desapareció, llevándose al «cop» herido, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Ford le contó cuánto sabía en pocas palabras, y terminó diciendo:

—Creo que me ha salvado la vida, pero no ha tenido igual suerte para proteger la suya. Es posible que haya visto a alguno de los agresores...

En el mismo coche del sargento, éste y Ford marcharon al hospital adonde había sido conducido el guardia herido.

Su visita fue inútil, por el momento. El «cop», en gravísimo estado, se hallaba en el quirófano, donde los médicos se esforzaban en salvar su vida. Nada podían asegurar sobre si se salvaría o no. De todos modos, aunque la ciencia consiguiera vencer en su lucha con

la muerte, era inútil pensar en que aquel hombre pudiera recibir visita alguna y, menos aún, responder a un interrogatorio, antes de que transcurrieran algunas horas, quizá días.

Ford encargó al sargento que le avisara en cuánto el herido pudiera hablar, si es que salía con vida del quirófano, y marchó en dirección al Precinto.

El agente del

F. B. I.

había abandonado el aire de despreocupación de antes. Caminaba de prisa y alerta. Hacía escasamente cuatro horas que el inspector *Pack* le había encargado de aquel asunto oficialmente. Era lógico suponer que sólo él y su jefe lo supieran. Y, sin embargo, a las cuatro horas escasas de haber comenzado sus indagaciones, ya había sido objeto de un atentado, del que había salido con vida milagrosamente.

Porque ni por un solo segundo se le ocurrió pensar que la agresión fuera un error ni, mucho menos, que estuviera dirigida contra el infeliz «cop». Éste debía haber visto claramente que los asesinos apuntaban sus armas contra él, y por eso le dio el violento empujón que lo arrojara al suelo.

Y todo ello demostraba dos cosas: que había habido, como quiera que fuese, una filtración, y, en consecuencia, que había una tercera persona que sabía que se le había encargado la misión de averiguar lo que había detrás de la muerte de Clifords y las otras víctimas, y que esa persona estaba firmemente decidida a que no se averiguara nada, y no se paraba en crimen más o menos para conseguirlo.

Estas primeras consecuencias produjeron en el ánimo del joven una desagradable impresión. Para él era evidente que en el cuartel general del

F. B. I.

había alguien que se dedicaba a escuchar subrepticamente conversaciones confidenciales, y, lo que todavía era peor, que el espía, quienquiera que fuese, tenía concomitancias con el asesino de cuya captura había sido encargado.

La segunda consecuencia que se desprendía del fallido atentado era más agradable. A Ford le gustaban las situaciones claras, y creía que la agresión de que había sido objeto arrojaba alguna luz en el

misterio a aclarar.

El asesino tenía miedo. Eso era evidente. Y un hombre en tal situación cometería, a la corta o a la larga, un grave error, inevitablemente. Un error que tendría para él la más grave de las consecuencias: conducirlo a la silla eléctrica.

Solamente el miedo le debía haber inducido a cometer aquel acto, suponiendo que eliminándole a él apartaba el peligro que se cernía sobre su cabeza. Ford se encogió de hombros. El podría caer. Nadie está exento de ese peligro; pero, al fin y al cabo, un agente era tan sólo una pieza de la complicada maquinaria del

F. B. I.

, una de las muchas que componen su formidable engranaje.

Suprimiéndole, el asesino no lograría más que atraer sobre sí todo su poder, y ser aplastado en más o menos tiempo. Había cometido un error, cuyas consecuencias sería difícil prever, y, puesto ya en el disparadero, cometería alguno más, en el que caería irremisiblemente.

El teniente jefe del Precinto le recibió en cuanto se hizo anunciar.

—Ya me ha avisado el sargento Wilson por teléfono su visita — saludó—. Y me ha dado cuenta de lo ocurrido. Estoy completamente a su disposición, y le felicito por haber salido con bien del atentado.

—Gracias a su agente, teniente.

—Sí; ya lo sé. También me lo ha dicho Wilson. Ha sido verdaderamente lamentable. Y más todavía que no se haya podido detener al asesino. En fin..., son gajes del oficio. ¿En qué puedo servirle, agente?

Ford se lo expuso brevemente. Necesitaba, si no había inconveniente alguno, consultar el expediente sobre la muerte de Clifords, ocurrida dos meses antes, en una estación del Metro, en circunstancias un tanto extrañas.

El teniente de la Metropolitana hizo un gesto de extrañeza al oír las palabras del agente especial.

—No comprendo muy bien, Ford. Recuerdo perfectamente el caso. No se observaron esas circunstancias extrañas de que habla. Conocía perfectamente a Clifords, y lo tuve sometido a vigilancia en distintas ocasiones. No se le pudo probar nada, pero su vida era un

tanto misteriosa. Pero eso es todo. Era un caso corriente, vulgar. Y su muerte, tan vulgar como su vida.

—¿Suicidio?

—Nada de eso. No sé quién ha difundido ese rumor ridículo. Jamás conocí a nadie que me diera la impresión de estar tan lejos de pensar en el suicidio como Clifords. Aquí tiene el expediente abierto —añadió, alargándoselo a Ford—. Se trata de un accidente, un accidente desgraciado, pero vulgar. Ignoro por qué motivos se le quiere dar una importancia que no tiene.

Ford no respondió. Adoptando su postura favorita, con una de las piernas cabalgando sobre el brazo del sillón donde se sentaba, repasaba atentamente el expediente Clifords, mientras el teniente lo miraba con cierta ironía. No tardó más de diez minutos en la lectura. Devolvió el legajo al teniente, mientras decía:

—En efecto. Ahí no hay nada de particular que pueda hacer sospechar que se trate de otra cosa, que de un accidente.

—Ya se lo dije antes —repuso el teniente, con aire de triunfo.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—¿Qué diría usted al saber que he sido encargado de averiguar la verdad sobre su muerte y la de otros cuatro individuos ocurridas en distintos puntos de Nueva York? Y sobre todo, ¿qué diría usted, cuando sepa que, a las cuatro horas escasas de haber sido encargado de ello, he sido víctima de una agresión, de la que he escapado gracias a la oportuna intervención de uno de sus agentes de uniforme?

El teniente se encogió de hombros antes de responder, escéptico:

—¿Cree usted que esa agresión tiene relación alguna con la muerte de Clifords?

—Indudablemente.

—Pero...

La voz del teniente fué interrumpida por el insistente repiqueteo del timbre del teléfono.

IV



UANDO el teniente de la Metropolitana colgó el teléfono, permaneció por unos segundos mirando fijamente al agente especial. Por la parte de la conversación que había escuchado, así como por las órdenes secas y rápidas dadas por el teniente, Ford supuso que algo había ocurrido. Seguramente una de tantas incidencias que al cabo del día hacen moverse a la Policía Metropolitana en cualquiera de los distritos de la inmensa urbe.

Más por curiosidad que porque le interesara, preguntó:

—¿Ocurre algo, teniente?

El oficial le respondió, al mismo tiempo que se levantaba de su asiento y se calaba su sombrero.

—¡Vamos! —dijo, cogiendo al agente por un brazo—. Empiezo a creer que tiene usted razón.

—Hable de una vez, teniente.

—Hace diez minutos que ha sido hallado el cadáver del portero de la casa donde vivió Clifords. Le han atravesado el corazón de una puñalada.

—Pero ¿cómo...? —Se disponía a preguntar Ford, francamente asombrado.

—No me pregunte nada. No sé más que lo que le he dicho —respondió el teniente, mientras bajaban las escaleras apresuradamente—. Como supongo que este caso entrará de lleno en la misión que le han encargado, venga conmigo, y empiece a actuar.

Quince minutos más tarde, el auto que conducía a Ford, al teniente y al forense, seguido de dos más ocupados por agentes de la Metropolitana de uniforme y de paisano, se detenía ante la puerta de la que fue morada de Clifords.

Dos agentes de uniforme contenían a un grupo de curiosos, impidiéndoles su entrada en el edificio. Ford y sus acompañantes entraron precipitadamente, y un «cop» los condujo hasta donde se hallaba el cuerpo del portero.

El infeliz yacía de bruces sobre el suelo de la cabina, en medio de un charco de sangre. Ford y el teniente examinaron ligeramente la cabina.

Inmediatamente, el agente especial tomó la dirección del asunto. Ordenó que nadie tocara nada. No dudaba de la competencia de los de la Metropolitana, pero aquel caso, por estar ligado al que él estaba encargado de aclarar, y de su relación no tenía la menor duda, era de la incumbencia suya, es decir, del

F. B. I.

, y era lógico que esta organización empleara sus propios medios y que intervinieran los técnicos federales.

Comprendiéndolo así el teniente, ordenó a sus hombres que volvieran al Precinto, a excepción de los dos «cops» que ya se encontraban con anterioridad en el lugar, y que fueron los que le avisaron. También quedó él mismo, por si era necesaria su presencia.

Entre tanto, Ford había telefoneado desde la misma portería al inspector *Pack*, informándole de lo ocurrido brevemente, y pidiéndole que mandara a fotógrafos, los de las huellas y demás

personal que considerara necesario.

—Ahora mismo salgo con ellos para ahí —respondió el inspector.

—¿Quién descubrió el crimen? —preguntó Ford a uno de los «cops».

El agente señaló a una mujer que se encontraba sentada en un diván, frente a la puerta del ascensor.

—Aquella señora —dijo—. Es vecina de la casa.

La mujer se levantó al acercarse a ella el agente. Parecía presa de gran excitación, pero no asustada.

—Cuénteme lo que sepa, señora —ordenó Ford.

Se trataba de una mujer de unos cuarenta y cinco años, que todavía conservaba restos de una gran belleza.

—Bajaba con intención de comprar unas cosas que necesitaba. Vivo en el segundo piso, y tengo una pensión —aclaró—. Cuando llegué frente a la portería, se me ocurrió entrar para preguntarle a Jim, el portero, si tenía alguna carta para mí o para mis huéspedes. Abrí la puerta de la cabina, y di un grito de horror. Me asusté terriblemente. El grito deben haberlo oído hasta en el piso catorce, y salí a la calle pidiendo socorro. Pasaba ese agente —indicó a uno de los «cops»— cerca de aquí, y le conté lo que ocurría. Entramos juntos de nuevo en la casa, y cuando comprobó que no me había vuelto loca, salió a la calle, tocó el pito, y acudieron corriendo dos agentes más. Eso es todo.

—¿Conoció usted a Clifords? —preguntó el agente especial.

La mujer miró, extrañada, al agente, sin comprender qué relación podría tener el tal Clifords, muerto dos meses antes, con el pobre portero.

—¿Se refiere usted al señor que vivía en esta casa?

—Exactamente.

—Pues... sí. Lo conocía. Superficialmente, desde luego. Ocupaba un apartamento en el mismo piso que yo. Algunas veces nos tropezamos en la escalera, y cambiamos un saludo. Nada más.

Parecía Ford dispuesto a preguntar algo más, pero debió desistir sin duda, limitándose a decir:

—Está bien, señora. Deme usted su nombre, y dígame en qué piso puedo hallarla, por si necesitara preguntarle algo más.

La mujer hizo lo que se le ordenaba, y marchó hacia el ascensor.

Su excitación no había cesado, pero ahora obedecía a otras causas. Iba pensando en que, por unos días, sería el centro de la curiosidad de todos los vecinos de la casa. Seguramente, ahora mismo, cuando subiera, sería asaltada por las curiosas vecinas, y no eran pocas, ávidas por saber de boca de un testigo presencial lo ocurrido en la portería.

De buena gana habrían bajado todas a beber la información que deseaban en la misma fuente de origen, en la portería. Y lo intentaron. Pero sus deseos se vieron frustrados por un imponente y serio «cop», que, de vigilancia al pie de la escalera y en la puerta del ascensor, les ordenó enérgicamente que volvieran a sus cubículos rápidamente, amenazándoles con tomar severas medidas en caso de desobediencia.

La llegada del personal del

F. B. I.

sacó a Ford de su ensimismamiento. Y en verdad que sus pensamientos no tenían nada de agradables. Para Ford era evidente que el asesino, o un mandatario suyo, no sólo estaba enterado de la misión que le habían encargado, sino que lo debía haber seguido, posiblemente, desde su salida de Center Street.

No era posible explicarse de otro modo, en primer lugar, la agresión de que personalmente había sido objeto, y después, el asesinato del portero. El miserable debió haber hablado con aquél después de que lo hiciera él, y de las palabras que el portero le dijera había debido deducir un posible peligro para su persona, y obró inmediatamente, conforme le dictó su mente criminal.

—¿Qué ha ocurrido, Ford? —preguntó el inspector *Pack*, que llegaba en aquel momento, acompañado del capitán Quimms, de la Metropolitana, y de varios agentes del

F. B. I.

Ford explicó brevemente lo ocurrido, es decir, la agresión de que fuera objeto poco antes y el asesinato del portero; pero calló cuánto suponía que pudiera tener relación con el caso Clifords. Ya no podía tener confianza en nadie. Había allí varios agentes del

F. B. I.

, compañeros suyos; pero, aunque le fuera doloroso reconocerlo, tenía la seguridad de que en la División había algún traidor, y no estaba dispuesto a decir a nadie, ni siquiera al propio *Pack*, lo que

sabía o sospechaba. Bueno...; a *Pack* sí que se lo diría, naturalmente, pero no allí, delante de todos.

—No comprendo por qué me ha hecho usted venir, Ford —decía en aquel momento el inspector—. Este caso no nos afecta para nada. Es cosa de la Metropolitana. ¿O sabe usted algo que pueda relacionar la muerte de ese desgraciado con el caso que investiga?

—Nada concreto, señor. Estuve hablando, no hace mucho, con el portero. Le pregunté cuánto sabía acerca de Clifords, pero el hombre no sabía nada que no conociéramos ya. Rechazaba la idea de suicidio que circula por ahí; no creía a su antiguo inquilino capaz de matarse, pero aceptaba lo del accidente, que es lo que opina también la Metropolitana. Le he llamado a usted, por si acaso. Por si pudiera tener relación con aquello. Me gustaría encargarme del caso y colaborar con el teniente; aquí presente. En cuanto me convenza de que no tiene nada que ver con nosotros, lo dejaré en sus manos.

El inspector se encogió de hombros, y, volviéndose a Quimms, le preguntó:

—¿Ve usted algún inconveniente en ello, Quimms?

El aludido hizo un gesto, como queriendo decir que no, pero luego dijo, con acento de mal humor:

—No veo inconveniente. Aunque si lo viera, sería igual. No tardaría en venir orden de Washington, ordenándonos que les dejáramos a usted el campo, como de costumbre.

El inspector se sonrió ante el exabrupto del teniente, y repuso, dirigiéndose a Ford:

—Ya lo oye usted, Ford —ironizó—. El amigo Quimms no tiene inconveniente en que usted colabore con el teniente. De modo que ahí se quedan los dos.

Los fotógrafos, el forense y los de las huellas ya habían terminado su labor, y esperaban las órdenes de *Pack*, que no tardó en darlas.

—Vámonos, muchachos —dijo—. ¿Viene usted, o se queda, Quimms?

El capitán saludó con la cabeza al agente y al teniente, y salió tras del inspector y sus hombres.

—No parece haberle hecho mucha gracia a Quimms mi intervención en este asunto —dijo Ford a su colaborador.

—Así es, y me extraña. Quimms siempre se ha distinguido en la defensa de ustedes y de sus métodos. Debe de estar de mal humor, sencillamente.

Los dos hombres se pusieron a trabajar. Habíanse quedado solos, a excepción de los dos «cops» que vigilaban la puerta y la escalera, en evitación de que invadiera el portal algún curioso. El teniente, por encargo de Ford, estaba hablando por teléfono, para que le enviaran una ambulancia que, se llevara el cadáver al depósito judicial, y el agente especial efectuaba una nueva y más detenida inspección en la habitación donde se había cometido el crimen. Pronto se le unió el teniente, que se creyó en el caso de hacer lo mismo que Ford hacía.

Por espacio de veinte minutos estuvieron los dos hombres entregados a su tarea, cambiando leves monosílabos. En un momento en que el teniente le volvía la espalda, Ford se inclinó sobre el cuerpo del portero, y de junto a él cogió algo, que se guardó apresuradamente en un bolsillo de su americana.

—Bueno —dijo el teniente, que se había cansado ya de la inútil inspección—. ¿Ha encontrado usted, algo? ¿Qué deduce de todo esto?

—¿Y usted, teniente?

—Reservado, ¿eh? Ya me ha parecido que al informar al inspector se callaba usted parte de lo ocurrido.

—¿Qué es lo que callé? —preguntó Ford, sin poder ocultar un leve gesto de contrariedad.

—Fué cuando le contó la agresión de que había sido objeto. Le dijo al inspector que había hablado con el «cop», y que éste le había dicho que no pudo ver a los agresores. A mí me dijo usted en el Precinto que el herido no había podido decirle nada, por la sencilla razón de que se hallaba sin conocimiento. ¿Cuándo dijo verdad?

Ford comprendió que era necesario sincerarse con el teniente, y lo hizo a medias:

—Tiene usted razón, amigo. He callado eso, o he cambiado los hechos, porque no quisiera que a su agente le pasara nada malo. Bueno...; nada peor de lo que ya le ha ocurrido. Había mucha gente ahí, oyéndonos.

—Pero ¡todos eran de los nuestros! —repuso, asombrado, el de la Metropolitana.

—Sí; ya lo sé. Pero ¡qué quiere usted!, soy muy desconfiado. Por no serlo antes, han matado a ese infeliz —terminó, señalando el cuerpo del portero—. Ya sé que es un exceso de desconfianza; pero, por si acaso, conviene que usted también hable lo menos posible. Bueno; dejemos eso, que no tiene importancia alguna. Vamos a lo que interesa. ¿Qué deducción ha hecho usted de lo de ahora?

—Poca cosa —respondió el teniente—. Tan poca, que no sé si nos servirá de algo. A mi entender, no ha habido lucha. El asesino ha sorprendido a su víctima, sencillamente. No le ha dado tiempo para defenderse, si es que lo intentaba hacer.

—Exacto —repuso Ford—. Es más, yo creo que el portero conocía a su agresor, y lo recibió sin desconfianza alguna, ¿no le parece?

El teniente se encogió de hombros. A su entender, era demasiado deducir. En realidad, pensaba que todos los porteros reciben diariamente visitas, sin que por eso sientan la necesidad de tener desconfianza hacia sus visitantes. No pueden estar pensando que el que llega a hacer una pregunta cualquiera, o a darle un recado vaya preparado con un puñal para asesinarle. Pero también cabía en lo posible la suposición del agente del

F. B. I.

, aunque en su fuero interno pensase que el que tenía ante sí en aquel momento pecaba de «escamón».

—Sí; es posible —respondió.

La llegada de la ambulancia para recoger el cuerpo del desgraciado portero, interrumpió a los dos investigadores, que, por otra parte, ya habían dado por terminada la inspección del teatro del crimen.

Cuando de nuevo quedaron solos, los dos hombres se miraron. En las pocas horas de trato que llevaban, se había establecido entre ambos una corriente de simpatía mutua. El teniente había sabido ver en el agente especial una clara inteligencia, una rectitud a toda prueba y una modestia atrayente.

Como la mayor parte del personal de la Metropolitana, estaba influenciado, en principio, contra los del

F. B. I.

Cuando le anunciaron su visita, esperaba enfrentarse con un pollo elegante, presumido, envanecido de su cargo y, sobre todo, de la

fama de la organización a que pertenecía, y mirando con superioridad a los que tenían la desgracia de no pertenecer a ella. A las pocas palabras cambiadas con el agente, había cambiado por completo de opinión.

Por las razones que fueran, el teniente Mathews no había tenido grandes ocasiones de colaborar con el

F. B. I.

Había oído a sus compañeros hablar de ellos, y no muy bien, por cierto. Él, ascendido a fuerza de años de servicio, de dar paseos y más paseos por las calles de Nueva York, de jugarse la vida a menudo en lucha contra los maleantes, reconocía que su preparación para las tareas policíacas se había reducido sencillamente a eso.

Ni poseía una base sólida ni una inteligencia cultivada. Sus estudios habían sido poco más que elementales, y sus triunfos policíacos logrados a fuerza de un trabajo rutinario, en colaboración con una buena dosis de suerte. Y se daba por muy satisfecho, porque, comparándose con muchos de sus compañeros, veía que no había en su carrera nada de que avergonzarse. Él conocía a más de cinco y a más de diez, delante y detrás, de él en el escalafón, que debían su puesto exclusivamente a la influencia de algún politicastro o a otras causas todavía más vergonzosas.

Y como al teniente Mathews no le dolían prendas, reconocía para su fuero interno que si todos los agentes del

F. B. I.

eran como aquel joven que la suerte le deparaba como eventual colaborador, no tenía nada de extraño la fama de que gozaban.

Joel, por su parte, catalogó inmediatamente a su colaborador. Tenía ante sí a un hombre eminentemente honrado y noble. Posiblemente no habría inventado nada trascendental, ni se le ocurrirían brillantes ideas, pero era indudable que no concedería la menor beligerancia a un delincuente, fuera quien fuese, y que una vez en posesión de una pista la seguiría con el mismo encarnizamiento que un buen perro de caza sigue a su presa.

Se acercó a él y, francamente, le expuso:

—Mire usted, Mathews. Puesto que hemos de colaborar, creo que debemos hablarnos con claridad.

El teniente respondió con un gesto de aprobación y esperó a que

el joven continuara.

—Este caso —siguió diciendo Joel— se está complicando con exceso, y creo que debemos ir con pies de plomo. Cuando mi jefe me encargó de él, yo creí tener la seguridad de que no estábamos enterados de ello más que dos personas: él y yo. Sin embargo, no era así. A las dos horas escasas de empezar mi labor fui objeto de una agresión en la que fué herido gravemente su agente. Y casi inmediatamente de haber hablado yo con este pobre hombre ha sido asesinado vilmente. ¿Qué deduce de eso?

—Pues que ahora somos ya varios los que sabemos cuál es su misión; pero antes no eran solamente ustedes dos en saberlo —respondió el teniente en tono sombrío—. Lo sabía también el asesino.

—Exacto. Ahí tiene explicada mi conducta, al parecer extraña. Hemos sido encargados de colaborar en este asunto, y yo no tengo inconveniente alguno en que así sea, pero con una condición.

—Suéltelo ya, Ford.

—Todo cuanto averigüemos, si es que averiguamos algo, lo hemos de mantener en el más absoluto secreto, mientras que ello sea posible. Ni siquiera a sus hombres debe decirles nada. Solamente en el caso de que no podamos valernos por nosotros mismos y hayamos de pedir ayuda enseñaremos las cartas de nuestro juego que nos convenga enseñar.

—Pero...

—Ya sé lo que me va a decir: que habremos de informar a nuestros superiores, ¿no es eso?

Y ante el gesto afirmativo de Mathews, repuso:

—Haremos exactamente igual que con todos. Les diremos lo que debamos decirles. Pero nada más. Nos va en ello nuestros pellejos, y, sobre todo, que sólo así podremos lograr detener a ese hombre.

Mathews no parecía muy convencido. Hombre disciplinado, se le hacía muy cuesta arriba tener que ocultar nada de sus indagaciones a quienes por su cargo tenían derecho a ser informados. Sin embargo, él mismo sugirió una fórmula que se avenía perfectamente con la idea que tenía sobre la disciplina y su deseo de colaborar con el agente especial.

—En mi calidad de teniente encargado del Precinto, tengo que, delegar en algún otro agente mi colaboración con usted. Yo no

puedo abandonar aquello. Hay mucho trabajo allí. Bueno, pues hasta que usted compruebe que el asunto nos corresponde o no exclusivamente a nosotros, trabaje usted solo. Infórmeme de lo que le parezca que debo o puedo saber, para que yo a mi vez pueda informar a mis superiores. ¿Qué le parece?

A Joel, la formulada dada por el teniente de la Metropolitana le pareció perfecta. No era reglamentaria, ni mucho menos, e incluso podría decirse que encerraba en sí un acto de desobediencia; pero convenía perfectamente a sus deseos, y si lograba el éxito, estaba seguro de poder disculpar la ligera falta de Mathews en aras de la Justicia.

Tenía plena confianza en la nobleza del teniente, pero confiaba aún más en que si era él sólo a saber el secreto sería la única forma de mantenerlo.

—De acuerdo, teniente —dijo, estrechando las manos de su interlocutor—: Váyase al Precinto y confíe en mí. Pero no olvide una cosa: vigile a su «cop» herido. Ponga una buena guardia al pie de la cama y no deje que se le acerque nadie, a excepción del personal del hospital. En cuanto recupere el conocimiento, avíseme.

V



ETER Stewart se movía constantemente en su cama sin poder conciliar el sueño. Había llegado a su departamento hacía un par de horas aproximadamente, rendido de cansancio y con una buena dosis de alcohol en el estómago. Todavía no sabía explicarse ni a sí mismo la razón de que abandonará su floreciente negocio de restaurante en San Francisco para volver a Nueva York. Mejor dicho, sí que lo sabía, aunque no se atrevía a confesárselo. Le había traído a Nueva York el miedo.

Un miedo que le había impulsado a traspasar su negocio a toda prisa, perdiendo dinero en la operación, es decir, obteniendo por el traspaso la décima parte de lo que normalmente hubiera podido obtener. Y la culpa la tuvieron unas cuantas noticias breves aparecidas en los periódicos de San Francisco, a las que nadie o casi

nadie diera importancia. Pero él sí que se la concedió. Y mucha.

Todavía recordaba su anterior estancia en Nueva York. Hacía tres meses aproximadamente. Entonces no estuvo en la gran urbe en el plan en que ahora estaba. Había llegado satisfecho. Iba a reunirse con unos amigos, en una de las, periódicas reuniones que celebraban. Unas reuniones de negocios, pues los ocho hombres que asistían a ellas estaban ligados por intereses comunes. Se había hospedado en un buen hotel, como de costumbre, y como de costumbre también había aprovechado su estancia de unos días en la ciudad de los rascacielos para divertirse a lo grande.

Era cierto que la reunión, celebrada en el domicilio de Clifords, como de ordinario, no había transcurrido con la normalidad de los anteriores. Se habían manifestado dos tendencias distintas; una de ellas era favorable a la continuación de aquel negocio que los unía y que tan pingües beneficios les proporcionaba a todos ellos. La otra tendencia era la de liquidarlo inmediatamente y disolver la sociedad.

La discusión se agrió, se cruzaron palabras gruesas entre los dos bandos, y casi estuvieron a punto de llegar a las manos. Pero imperó el buen sentido. El negocio continuaría como hasta entonces, y Stewart regresó a su San Francisco sin volver a acordarse para nada de la reunión, y menos aún de la discusión, hasta un mes después.

Stewart tenía costumbre de echar un vistazo a los periódicos después de terminada su jornada de trabajo, cuando ya tumbado en el lecho de su comfortable apartamento se fumaba el último cigarrillo del día y saboreaba el último «*whisky*».

No le interesaba la política ni los grandes problemas que inquietaban al mundo. Para él lo único interesante que publicaban los periódicos eran los resultados de las carreras de caballos y los sucesos. De estos últimos no perdía uno.

Y en una de las páginas interiores, en una columna dedicada a un breve resumen de los sucesos ocurridos en todo el país, leyó la muerte de Clifords, ocurrida en accidente en una estación del suburbano en Nueva York. Fue unos quince o veinte días después de su regreso de esta capital.

Decir que Stewart sintió la muerte de su amigo y que vertió unas lagrimitas en recuerdo suyo sería no decir la verdad. Leyó la

noticia, estuvo un rato pensando en el poco valor que tiene la vida humana, y después apuró su «*whisky*», apagó la luz y se durmió con una sonrisa en los labios, pensando que, lógicamente, con la muerte de Clifords serían mayores los beneficios al no contar con él para el reparto.

Al día siguiente ya no se acordaba de Clifords ni del suceso. Pero volvió a recordarlo a los diez días justos, y a la misma hora aproximadamente. Bueno, de Clifords precisamente solo se acordó por asociación de idea. De quién se acordó fué de Dan Parrot. Fue el mismo periódico el que se lo trajo a la memoria.

No podía ser otro, porque era el único que compraba Stewart. El rotativo se había especializado en el «sensacionalismo» y dedicaba una gran cantidad de páginas a contar a sus lectores los sucesos ocurridos en todo el país. Y así como la muerte de Clifords no habíale merecido más que tres líneas de tipo minúsculo en un rincón del diario, la de Parrot mereció los honores de media columna en segunda página, bajo titulares destacados. Y no era para menos. Ahora no se trataba de un vulgar accidente: Parrot había sido asesinado de dos tiros en la nuca.

La noticia produjo en Stewart profunda impresión, aunque todavía no vio en ella nada que pudiera intranquilizarle. Parrot era «boomacker» y más de una vez había tenido contratiempos en su profesión por su forma de llevar las apuestas, no siempre del gusto de los apostantes. No había por qué intranquilizarse.

La muerte de Alan Blyth, de la que se enteró ocho días después, siempre por idéntico conducto, le impresionó todavía más. Y lo cierto es que la noticia no era para impresionar a nadie. Decía así:

«Ha fallecido en Nueva York, víctima de una congestión cerebral, el conocido hombre de negocios Alan Blyth».

Nada más. Y, sin embargo, Peter Stewart sintió al leerla que se le erizaban los cabellos. En menos de un mes, tres de los asistentes a la última reunión habían dejado de existir: un accidente, un asesinato y una enfermedad. Sí; podía ser, pero... Pero daba la casualidad que los tres habían formado en el grupo favorable a la continuación del negocio. En el mismo que había formado él.

Estuvo despierto toda la noche. Por fin, cuando las primeras

luces del día llegaban hasta él, se durmió apaciblemente. Había llegado a la conclusión de que debía tratarse de una coincidencia. Todo lo extraña que se quisiera, pero posible. Pero lo que más contribuyó a su tranquilidad fue pensar que él se encontraba a muchos kilómetros de Nueva York y, por lo tanto, como decía un refrán español que había llegado a sus oídos, «estaba contemplando los toros desde la barrera».

Pasaron quince días más sin que sus amigos de Nueva York fueran objeto de nuevas desgracias. Stewart empezaba a tranquilizarse. Desechó de su ánimo toda aprensión y continuó haciendo su vida normal. Hasta aquella noche...

Acababa de tumbarse en la cama. Canturreando alegremente se preparó su acostumbrada bebida y encendió su pitillo. Abrió el periódico y... el vaso estuvo a punto de caérsele de la mano. Pudo sujetarlo a tiempo. Con el cigarrillo no tuvo la misma suerte. Se le desprendió de los labios y fué a caer sobre su pecho. El dolor de la quemadura le hizo lanzar una exclamación muy poco académica. Pero pronto se olvidó de la pequeña quemadura para dedicarse por entero a la lectura del periódico, que le atraía como si en sus columnas hubiera un poderoso electroimán.

Neis Power había sido asesinado en su propio despacho, en pleno Broadway, en el corazón de Manhattan.

La noticia produjo en Stewart distintas sensaciones: sorpresa, pánico y confusión. Sorpresa, porque había llegado a convencerse a sí mismo de que las anteriores muertes habían sido ajenas al negocio que le ligaba con ellos. Las de Clifords y Blyth, casi normales, lo que está ocurriendo a diario: accidentes, enfermedades... La de Parrot, trágica consecuencia de sus marrullerías.

Sentía pánico, porque ahora tenía el íntimo convencimiento de que alguien se había propuesto terminar con la turbia asociación de la que él era parte integrante. Ya no se consideraba completamente seguro en San Francisco. Las distancias ahora, no existen, y cuando el que fuera considerase terminada su labor en Nueva York, en menos de veinticuatro horas podría aterrizar en San Francisco dispuesto a que él sufriera otro accidente o fuera víctima de cualquier enfermedad fulminante.

Finalmente, Stewart sentía una gran confusión que no hacía más

que aumentar su miedo. Al principio creyó que si el que estaba procediendo a aquella trágica liquidación de la sociedad era, uno de sus componentes, forzosamente había de ser de los que votaron por cesar en el negocio. Pero esa suposición se derrumba con la muerte de Neis Power. Éste había sido precisamente el que había planteado la cuestión y el que con más ardor defendió la tesis de cese del negocio.

Stewart era un hombre de rápidas decisiones. Aquella misma mañana empezaría a ponerlas en práctica. No estaba dispuesto a esperar idiotamente a que el asesino fuera en su busca. Liquidaría el negocio como fuera y saldría cuanto antes de San Francisco, y, si fuera preciso, de los Estados Unidos. Nada le retenía allí.

Al despertar, a la mañana siguiente, después de unas horas de agitado sueño, había cambiado sus planes. No huiría... Bueno, entiéndase bien: huiría de San Francisco, eso sí; pero marcharía inmediatamente a Nueva York y haría una visita a la Policía, exponiéndole sus sospechas, mejor dicho, sus convicciones.

Y empezó a poner en práctica su pensamiento. Pero no es tan sencillo traspasar un buen negocio en pocos días, en pocas horas, mejor dicho, si se quiere hacerlo en las mejores condiciones posibles. Basta que uno deje entrever que tiene prisa en desprenderse de él para que el recelo o la avaricia hagan presa en el posible comprador.

«Aquí hay gato encerrado —piensan los escamones—. Esto no debe ser tan bueno como parece cuando tanta prisa tiene éste en endosarlo a cualquiera».

«Éste tiene excesiva prisa en deshacerse del negocio —suponen a su vez los cazadores de gangas, las aves de rapiña—. Si le hacemos esperar unos pocos días más nos lo dejará por la mitad o menos de lo que vale».

Y, por regla general, avariciosos y escamones tienen razón. Salvo contadísimas excepciones, son muy pocos los que sueltan un floreciente negocio, sencillamente porque se hayan hartado de él o porque estén cansados de ganar dinero. Así como no hay comerciante que convenza a nadie diciendo que pierde dinero en su negocio, y, sin embargo, continúa con él abierto años y años.

Stewart no fué la excepción de la regla. Más de cinco y de diez veces se le habían hecho proposiciones ventajosas para traspasar su

negocio y las había rechazado desdeñosamente. Pero en cuanto declaró francamente su idea de traspasarlo, las ofertas bajaron de volumen considerablemente. Se defendió cuanto pudo por espacio de varios días luchando denodadamente contra los Opositores; pero cuando cinco días más tarde, al regresar a su domicilio, se enteró por su periódico favorito del asesinato de Howard, ya no vaciló.

Habló por teléfono aquella misma noche con el que mejor oferta le hiciera, regateó durante unos segundos tan sólo para cubrir el expediente, y cerró el trato. Doscientos mil dólares. Doscientos mil dólares por lo que quince días antes no hubiera cedido ni por un millón. Era una verdadera lástima. Pero Stewart tasaba su vida en algo más que ochocientos mil dólares que era lo que, según él, había perdido en el traspaso de su negocio.

Su vida valía para él muchísimo más. Y estaba convencido de que si continuaba en San Francisco no tardaría en seguir el mismo camino que Clifords y los demás miembros de la asociación, desaparecidos ya en circunstancias más o menos dramáticas.

Al siguiente día realizó su fortuna. Mientras comprobaba el total que sumaba la liquidación sonrió. En realidad no podía quejarse. Más de un millón de dólares para un hombre como él, soltero, relativamente joven, sin cargas familiares, no estaba mal. Además, es verdad el refrán que dice que «no hay mal que por bien no venga». Aquel viaje que aconsejaba la más elemental prudencia le serviría para licenciar a Joan.

Y no es que estuviera disgustado con ella. Nada de eso. Joan era una belleza espléndida. Una mujer de esas que ha divulgado el cine por todo el mundo y que no tenía nada que envidiar a la más bella «estrella» de Hollywood. Le había gustado enormemente. Le había costado muchos dólares y mucho tiempo su conquista. Y su «mantenimiento y conservación», como diría cualquier archivero en su lenguaje profesional se le había llevado un importante pico de sus beneficios profesionales. Pero la chica lo merecía. Era bellísima, y, sobre todo, «muy decorativa». Stewart reconocía que Joan había contribuido en muy buena parte al éxito de su negocio.

Pero ahora no se trataba de eso. Ahora se trataba de abandonar San Francisco a toda prisa, y la compañía de una mujer tan «decorativa» no era lo más indicado para lograrlo. Afortunadamente, no tendría que darle muchas explicaciones. Joan

no se encontraba en San Francisco en aquel momento. Había ido a Los Ángeles para pasar unos días con su hermana. Le dejaría una nota acompañada con unos cuantos billetes de los grandes, que eran los que a ella le gustaban, y todo resuelto. No creía que la muchacha llorara mucho su ausencia; pronto encontraría sustituto. En cuanto a él, tampoco sería una cosa que le quitara el sueño. Joan era una mujer hermosísima, un verdadero bombón, una suavísima y dulcísima tarta; pero ¡todos los días dulce!... ¡Con lo que empalaga!

Aquella misma noche tomó el tren para Nueva York. No quiso hacer uso del avión. Es demasiado rápido, y se necesitaba tiempo para pensar bien lo que tenía que hacer.

Al llegar a Nueva York había desistido de dar cuenta de sus sospechas a la Policía, y se maldecía por no haber llevado a cabo su primera idea, es decir, abandonar no solamente San Francisco, sino los Estados Unidos. No tenía la seguridad de que la Policía tomara en serio sus declaraciones. Jamás había sentido cariño alguno hacia los mantenedores del orden. Para ti tenían un defecto capital. Eran excesivamente curiosos. Seguramente querrían saber la razón de su miedo. En qué basaba sus sospechas, y, sobre todo, cuál era el negocio que perseguía aquella extraña asociación sin constancia en el registro comercial. Y Stewart no se sentía con valor para decirle a nadie, y menos a la Policía, cuál era ese negocio.

Claro qué de atreverse a hacerlo sería lo más probable que el asesino de sus socios, si, como él suponía, era uno de los miembros que aún quedaban con vida, fuera detenido inmediatamente. Pero aquello no era una solución para él, por lo menos de una solución agradable, porque tenía el íntimo convencimiento de que no escaparía con menos de quince o veinte años de presidio, en el caso más favorable.

Y optó por quedarse en Nueva York. Por lo menos hasta que pudiera hacerse con un pasaporte y embarcar hacia Europa o América del Sur, ya que decididamente había vuelto a pensar que aquello no solamente era lo mejor para su salud, sino también lo único que podía hacer en tal circunstancia.

Normalmente, la consecución de un pasaporte, sin recurrir, desde luego, a los medios legales, habría sido para Stewart cosa harto sencillísima. Pero ahora ya no lo era tanto. Contaba con amistades y conocimientos para lograr el ilegal documento,

mediante un buen pellizco de dólares, en menos de veinticuatro horas. Pero corría el riesgo de que los miembros supervivientes de la extraña asociación tardaran todavía menos tiempo en conocer su presencia en Nueva York. Y eso era precisamente, lo que Stewart quería evitar a toda costa.

Llevaba ya cinco días en la ciudad y lo cierto era que, desde su llegada, no había gozado ni un solo minuto de tranquilidad. Se había hospedado en un hotel de segunda categoría, y aun a riesgo de llamar la atención de los empleados, no se atrevía a salir de día. Lo hacía tan sólo de noche y adoptando todo género de precauciones.

Paseábase por las calles cercanas al hotel y se detenía en casi todos los bares a su paso, no sin examinar bien a la clientela antes de decidirse a entrar. Bebía apresuradamente su vaso de «*whisky*» y volvía a salir a la calle, donde únicamente se encontraba seguro, relativamente seguro. Eso no le impedía volver la cabeza con inquietud cuando oía unos pasos tras de él, y a veces estuvo a punto de sacar la pistola que llevaba empuñada en el bolsillo de su abrigo.

El miedo se había apoderado de tal forma de su persona que no razonaba con lógica ni podía tomar una determinación. Querría sobre todas las cosas salir de Nueva York, y no se atrevía a hacerlo ni daba un paso para resolver su situación. Todas las noches se acostaba pensando decididamente en resolver su asunto al día siguiente, y llegado éste, no se atrevía a moverse siquiera de la habitación de su hotel.

A través de la ventana de su cuarto veía la mancha nubosa del cielo y más abajo los distintos contornos de tejados y chimeneas de las casas vecinas, iluminados de cuando en cuando por el resplandor de los relámpagos, lo que no contribuía, ni mucho menos, a calmar los nervios de Stewart.

En la quietud de la habitación, un cúmulo de encontrados pensamientos se agitaban en su mente, impidiéndole recobrar el sosiego tan necesario.

Finalmente, la fatiga, tanto mental como física atrajo al sueño, pero no un sueño tranquilo y reparador, sino lleno de pesadillas que le hacían revolverse inquieto en el lecho, bañado en sudor.

De pronto se despertó inquieto, sobresaltado. Las sienes le latían

con terrible fuerza, la respiración era fatigosa, y el corazón había acelerado descompasadamente su ritmo. Con mano temblorosa fué a servirse un «*whisky*». Al hacerlo, su mirada se posó en la ventana y sintió que la sangre se helaba en sus venas.

Una sombra siniestra recortábase en el hueco por el que penetraban los primeros grises de la madrugada. Por un momento creyó que continuaba sumido en una de aquellas horribles pesadillas que sembraban su sueño. Pero el rumor de la vida ciudadana que empezaba a bullir le hizo cerciorarse de que estaba despierto.

La sombra se había detenido frente a su ventana. Claramente llegaron hasta Power los ruidos de los esfuerzos que hacía el misterioso visitante para forzarla y penetrar en su habitación.

Power haciendo un supremo esfuerzo reaccionó. A pesar del miedo que le había dominado durante aquellos últimos días, Stewart no podía ser considerado como cobarde. En su ya larga y azarosa vida había tenido que hacer frente a múltiples situaciones de peligro y lo había hecho con decisión. Lo que a él le había acobardado hasta tal punto era precisamente el hecho de no saber de quién había de guardarse, contra quién había de luchar si llegaba la ocasión.

No era que hubiera logrado reconocer al individuo que intentaba penetrar en su habitación, aunque sí le parecía su sombra algo familiar, algo ya visto con anterioridad. Pero no era aquél el momento más indicado para entregarse a especulaciones sobre quién sería o dejaría de ser el que pretendía introducirse en su habitación. No había la menor duda de que era el mismo que en el espacio de dos meses escasos, había suprimido de una manera o de otra a Clifords, Parrot, Blyth, Power y Howard, y que ahora se disponía a hacer lo mismo con él..., si se lo permitía.

Empuñó decidido la pistola que tenía debajo de la almohada. El misterioso visitante había logrado forzar la ventana y con una pierna sobre ella se disponía a penetrar en la alcoba. Stewart ya no sentía miedo. Todo lo contrario: se encontraba completamente dueño de sus nervios y sentía, sobre todo, una gran curiosidad: saber quién era el que estaba procediendo a tan trágica disolución de la sociedad.

Y esa serenidad fué precisamente la que le perdió. Quiso verle

bien la cara al asesino y perdió unos segundos preciosos en buscar la pera que colgaba sobre la cabecera de su cama, para dar la luz. Lo consiguió, por fin, y pudo ver perfectamente el rostro del intruso. El asombro, un asombro infinito, le dejó sin poder hacer el menor movimiento por un brevísimo espacio de tiempo, una fracción infinitesimal de segundo.

—¡Tú!

Su reacción fué lamentablemente tardía. Ni siquiera pudo ver el movimiento de cabeza del asesino respondiendo a su exclamación. El disparo del asesino apenas quebró el silencio de la noche. Fue como un crujido más, como otro de esos ruidos misteriosos que pueblan las noches en las casas, viejas, dormidas. El suyo, en cambio, producido más bien por una contracción violenta de sus dedos, al sentirse herido de muerte, se perdió inocentemente, pero produciendo un eco que resonó como un trueno en el silencio del viejo hotel.

Sin prisas, sin vacilaciones, el asesino no se detuvo a mirar siquiera a su víctima. Estaba seguro de su personalidad, y más aún del resultado de su disparo. No fallaba jamás. Apagó la luz. Volvió a saltar la ventana en sentido contrario y descendió rápidamente, pero con seguridad, los escalones de la escalera de hierro. Cuando llegó a la calle solitaria resonaron en sus oídos algunas voces alarmadas. Un minuto después había desaparecido.

VI



N Washington, bajo la presidencia de John Edgar Hoover, se hallaba reunido el Estado Mayor del

F. B. I.

Inmóvil en su butacón, ligeramente inclinado hacia adelante, imponente sin parecerlo, Hoover daba, sin proponérselo, una clara impresión de fuerza; su voz, bien timbrada, poseía la nota dominante del hombre nacido para el mando, del dirigente nato.

Habíanse despachado los asuntos de trámite; los miembros del consejo habían informado brevemente, con claridad y precisión sobre diversos asuntos, y Hoover abordó los temas más espinosos de la reunión por él convocada y presidida.

—Se trata —dijo— de esa serie de muertes en circunstancias

extrañas ocurridas en Nueva York...

Se interrumpió para mirar a los rostros de todos los reunidos, y continuó:

—Recordarán ustedes que este caso fué ya objeto de discusión en nuestra anterior reunión; pero resolvimos esperar nuevas informaciones para adoptar una decisión, sin perjuicio de tomar las medidas previas necesarias en vista de la denuncia hecha ante nosotros por un confidente anónimo. Quedó encargado de ello el inspector principal Weston.

Weston era un hombre alto y delgado, de ojos hundidos, que daban la impresión de estar medio adormecido, de que no se enteraba de nada. Sería un lamentable error creer semejante cosa. El inspector principal Weston era toda acción. ¡Desgraciado de aquellos de sus subordinados que no estuvieran a la altura de su misión! Como de costumbre hizo una exposición clara y sucinta del caso, dirigida más para el resto de los oyentes que para el director Hoover, impuesto perfectamente de lo que se trataba.

—A primera vista se creería que es un asunto de escasa importancia —dijo—. Se trata sencillamente de lámparas de radio, de lo que todos conocemos por ese nombre. Uno de nuestros ingenieros ha logrado crear una nueva lámpara, que está llamada, al parecer, a revolucionar el mercado, y que marcará un nuevo y formidable paso en este sector importantísimo, tanto desde el punto de vista industrial como desde el militar.

—¿Qué utilidad tiene esa lámpara? —preguntó uno de los oyentes.

—Tiene múltiples aplicaciones —respondió Weston—. No voy a enumerar sino las más importantes: son de un interés vital para el ejército en infinitas aplicaciones, desde la simple transmisión por radio hasta el uso del radar. Si los aparatos en vuelo no pudieran comunicar con sus bases, la aviación, tanto militar como civil, perdería más de la mitad de su valor. Lo mismo pudiera decirse de los tanques, de la artillería, incluso de nuestros coches ligeros.

—Es útil, desde luego —respondió el que había preguntado.

Weston le miró un tanto desdeñosamente, y prosiguió:

—Si a un ejército moderno le faltara la gasolina estaría perdido, como todos sabemos por el ejemplo del ejército alemán en la última guerra. Pues bien: la falta de lámparas o válvulas de radio

produciría un efecto igualmente desastroso.

Hoover aprobó con un gesto las palabras del inspector principal y le invitó a proseguir.

—En conclusión —dijo Weston—: prescindiendo de detalles técnicos, he de decir solamente que la nueva lámpara ideada por nuestro ingeniero supera con mucho a todo lo conocido hasta ahora en la materia. Como es lógico, nuestro Ministerio de Defensa está interesadísimo en el nuevo invento, y esperaba con impaciencia que comenzara la fabricación de esas lámparas en gran escala. Desgraciadamente, parece no haberse concedido demasiada importancia a la protección de la documentación relativa al mismo. El hecho es que antes de empezar su fabricación, los planos, croquis y cálculos relativos a la nueva lámpara han sido robados. Y ahí empieza nuestra intervención en el caso. Las autoridades militares, que no recurrieron a nosotros para su custodia, lo hacen ahora, pidiéndonos su recuperación.

—Cuando se solicitó nuestra intervención —interrumpió Hoover — me entrevisté inmediatamente con las primeras autoridades del Pentágono. Aparte de los detalles sobre la importancia del invento, puede decirse que no se me dio ninguna información de valor que pudiera servir de base para empezar nuestro trabajo. Empezamos éste completamente a ciegas. En el Pentágono no se tenía la menor idea de cómo podía haberse cometido el robo. Y hemos de confesar que en este caso ha sido más bien la casualidad que nuestra labor la que nos ha dado la leve pista que seguimos. ¿No es así, Weston?

—Así es, señor. Fue una denuncia anónima. Alguien me mandó una carta llamando nuestra atención sobre una serie de muertes ocurridas en Nueva York en distintas circunstancias. Fué el nombre de una de las víctimas el que despertó nuestras sospechas. Se trataba de Nels Power, un pseudoagente teatral que apareció asesinado en su propio despacho, en Broadway. Recordábamos aquí a Power. Había estado mezclado en un asunto grave ocurrido hace unos años. Se trataba de una banda dedicada al robo de documentos de carácter militar, que luego vendían al mejor postor. Consultamos nuestros archivos. Power había sido absuelto en la vista de la causa. Su participación en el caso no se juzgó suficientemente probada. En realidad, yo creo en aquella ocasión Power todavía no «estaba hecho», es decir, se demostró plenamente que sus relaciones con la

banda eran recentísimas cuando aquella fué deshecha, y, naturalmente, todavía no había tenido una participación activa en ella.

Obedeciendo a un gesto de Hoover, el inspector principal Weston aceleró su informe.

—En resumidas cuentas —dijo—: se dio orden al inspector *Pack*, jefe de la División nuestra en Nueva York, para que se hiciera cargo del descubrimiento del autor de esa serie de muertes, suponiendo que el esclarecimiento de ellas nos aclararía la desaparición de los documentos que nos interesan. Casi a raíz de hacerse cargo del caso, otra muerte ocurrida en Nueva York aumentó nuestras sospechas. Se trataba del asesinato de un tal Howard, dueño de un «*cabaret*». También tenía antecedentes de haberse dedicado a actividades semejantes a las de Power. Eso es todo.

—Hay algo más —interrumpió Hoover, levantándose y dando por terminada la reunión.

Los asistentes a ésta le imitaron, y, formando corro a su alrededor, escucharon atentamente las palabras y las órdenes que el director del

F. B. I.

dictó con su acostumbrada concisión.

—Añadan ustedes un nuevo nombre a la lista de víctimas —dijo—. Me acaba de comunicar *Pack* la aparición del cadáver de un tal Peter Stewart en un hotel de segundo orden en Nueva York. Parece haber descubierto el agente encargado del caso que a Power y Stewart les unía una fuerte amistad. Den ustedes las órdenes oportunas para que se envíen a *Pack* cuántos datos y antecedentes obran en nuestros archivos sobre todos los individuos que figuran en esa lista. *Pack* ha enviado copias de las fotografías de todos ellos —añadió, dirigiéndose a Weston—, y también de las huellas dactilares sacadas a los cadáveres, facilitadas las de los primeros por la Policía Metropolitana. Ocúpese de todo eso y véame luego, Weston —terminó, despidiéndose.

Joel Ford, cumpliendo las órdenes del inspector *Pack*, acudió al hotel en el que había hallado la muerte Peter Stewart. El agente especial del

F. B. I.

no se hallaba muy satisfecho de los resultados obtenidos en la misión que le había sido confiada. Hacía cinco días únicamente que se había hecho cargo del asunto, eso era cierto. Como también lo era que el primer accidente sospechoso, o sea el ocurrido a Clifords, hacía ya dos meses que había sucedido.

Cinco días era muy poco tiempo para poder desentrañar un caso de tan numerosas ramificaciones, y dos meses eran demasiado para que nadie se acordara de un accidente vulgar ocurrido en una estación del Metro, o si recordaban el caso, no ocurría lo mismo con cualquier detalle de esos que sin importancia para un profano pueden ser la luz para un buen investigador.

Aquella mañana había sido llamado por el inspector *Pack* a su despacho. Tampoco el inspector respiraba optimismo, ni mucho menos. Washington hostigaba a diario para que se diera solución rápida al caso; pero lo cierto era que las cosas se hallaban en un punto muerto. Ni siquiera podía decirse que las seis muertes tuvieran relación alguna entre sí.

Cuando *Pack* recibió al agente, le ordenó:

—Vaya usted inmediatamente al Hotel Nixon, calle Veintiséis. Ha sido hallado el cuerpo de un individuo con un tiro en el corazón. No sé siquiera si eso tiene algo que ver con lo que buscamos. Quimms me ha llamado por teléfono para decírmelo, por si queríamos echar un vistazo.

Ford marchó inmediatamente hacia el lugar del suceso. La habitación del hotel que ocupaba Stewart estaba atestada de agentes de la Metropolitana. El capitán Quimms conversaba con un hombrecillo vestido de negro, quien parecía informarle a él y al teniente encargado del Precinto policíaco del distrito sobre algunos detalles referentes a la muerte de Stewart. El cuerpo de éste yacía sobre el suelo en medio de un charco de sangre reseca ya.

—Hola, Ford —saludó Quimms, amablemente.

—Buenos días, capitán. No sabía que tuviera usted jurisdicción también sobre este barrio.

—Y así es. El caso corresponde por entero al teniente Smith —respondió, presentando al interesado—. Dio la casualidad que me hallaba por aquí cuando se dio la alarma en el hotel y acudí junto con un guardia que llegaba en aquel momento. Luego me pareció oportuno avisar a *Pack*.

Ford no respondió. Examinaba el cuerpo de Stewart, y lo primero que le llamó la atención fueron los ojos del muerto. Se veía en ellos claramente no una expresión de pánico, como parecía lógico. Era más bien la última mirada de Stewart, una mirada de asombro, un asombro infinito. Como si hubiera tenido ante sí, al sorprenderle la muerte, la imagen de alguien conocido, de alguien de quien jamás pudiera sospechar que llegara a ser su asesino.

Ford se volvió al teniente Smith, que le miraba con cierto aire irónico, como pensando que aquel muchacho con aire de patán no era el más indicado para resolver el misterio que rodeaba la muerte de Stewart.

—¿Quiere usted decirme lo que haya averiguado hasta ahora, teniente?

Smith se encogió levemente de hombros antes de responder.

—Nada. Todavía no hemos empezado. Hace media hora escasa que me he hecho cargo de esto. Sólo se ha hecho lo acostumbrado en estos casos. Se han sacado fotografías, he hecho un ligero examen de la habitación, y espero que se lleven el cuerpo para hacer otro con más detenimiento.

—¿Ha registrado el cadáver?

—Sí. Ahí sobre la mesa está lo que llevaba encima. Lo único que se saca en consecuencia es que el móvil del crimen no ha sido el robo. Tiene una buena cantidad de dólares en la cartera. También sus documentos personales, por los que hemos averiguado que se trata de Peter Stewart, industrial de San Francisco. Tendremos que telegrafiar a esta ciudad pidiendo datos sobre él. Ahora pensaba registrar su equipaje y proceder al interrogatorio de la gente del hotel.

Sin saber por qué realmente, Ford denegó.

—Déjelo usted, teniente. En nombre del

F. B. I.

me hago cargo de este asunto.

Aunque el teniente debía estar ya advertido de la posibilidad de que el

F. B. I.

interviniera en el caso, no pudo evitar un gesto de contrariedad. Se volvió hacia el capitán Quimms, que se hallaba a pocos pasos. Pero fue Ford el que habló.

—Ya le he dicho al teniente que me hago cargo de esto, capitán. ¿Quiere usted que se lo confirme el inspector?

—No es necesario, muchacho. Ya me suponía yo que sería así, y por eso le avisé por teléfono. Luego hablaré con él para que mande la orden por escrito.

Media hora después Ford se hallaba solo en la habitación. El cuerpo había sido conducido al depósito, y los de la Metropolitana, a excepción de un «cop» que guardaba la puerta del hotel, habían abandonado éste, dejando todo en manos del agente especial.

Ford trabajó activamente. Del minucioso examen hecho dedujo inmediatamente cuál era el camino tomado por el asesino para llegar hasta su víctima. Consideró inútil examinar la escalera de incendios. El forense le había dicho que, sin perjuicio de ulterior rectificación como consecuencia de la autopsia que llevaría a cabo cuanto antes, podía asegurar, por el aspecto del cuerpo, que la muerte de Stewart había tenido lugar entre las cinco y las siete de la mañana. A esta hora precisamente había llovido con fuerza en toda la ciudad y era inútil suponer que en los escalones ni en el suelo, asfaltado, pudiera hallar huella alguna del asesino.

Continuó inspeccionando con detenimiento la habitación. En el suelo, de madera, junto casi a la mesilla de noche, algo llamó su atención. Se arrodilló, sacó su cortaplumas del bolsillo y estuvo durante unos minutos hurgando con él. Pronto tuvo en sus manos una bala de pistola, un poco aplastada. Examinó el revólver del muerto, que el teniente Smith había dejado sobre la mesa junto con los demás objetos hallados sobre el cadáver. Correspondía perfectamente a su calibre.

Stewart se había defendido o había intentado defenderse, impidiéndoselo, sin duda, el asombro que le produjo reconocer a su asesino. Se dedicó en seguida a registrar el equipaje del muerto. No era muy grande. Se reducía a dos maletas, un «necessaire» de viaje y una cartera de documentos. Todo ello de magnífica piel, y, al parecer, casi nuevo. Decididamente, Stewart era o había sido un hombre adinerado.

No se le pasó por alto a Ford que era muy extraño que un hombre como el muerto, poseedor por las señas de una cuantiosa fortuna, hubiera escogido para alojarse en su visita a Nueva York un hotel de segunda categoría, casi de tercera, ocupado por gente muy

modesta, y cuya instalación dejaba bastante que desear.

Pero continuando con el registro del equipaje pudo hallar bien pronto la explicación de tal rareza. Y el hallazgo proporcionó al agente La primera satisfacción desde que comenzara sus indagaciones. Allí, en la cartera de documentos del que en vida dijera llamarse Power, halló la prueba fehaciente de lo que hasta ahora sospechaban, pero sin fundamento alguno.

Metidos en un sobre blanco, sin cerrar, encontró varios recortes de periódicos, que demostraban plenamente que entre la muerte de Clifords hasta la de Howard existía un lazo de unión. Si no, ¿para qué iba a guaren Stewart aquellos recortes en los que se hablaba de Las sucesivas muertes de Clifords, Parroth, Blyth, Power y Howard?

Para Ford, ahora, la cosa estaba clara. Stewart habíase enterado de las muertes de aquellos hombres. Seguramente estaría unida su vida a la de ellos por algo que el agente ignoraba. Stewart tuvo miedo, abandonó San Francisco por Nueva York para averiguar a qué se debía aquella mortandad entre las filas de sus amigos o para dar cuenta de sus sospechas a la Policía. Probablemente no se decidió a hacerlo, tuvo miedo, porque de decidirse a ello tendría que contar cosas que a él le convenía mantener secretas.

Pensó en aquellas reuniones, un poco extrañas, que se celebraban en el domicilio de Clifords de cuando en cuando. Era necesario averiguar inmediatamente quiénes formaban parte de ellas, y había que hacerlo con rapidez. La vida de los que todavía sobrevivían estaba en peligro, y, además, uno de ellos debía de ser, seguramente, el asesino.

Abandonó como cosa ya sin importancia su propósito de interrogar al personal del hotel. De eso podría encargarse cualquier compañero suyo o el propio inspector *Pack*. Corrió al teléfono y llamó a éste.

—Inspector —dijo cuándo oyó la voz de su jefe—: mande inmediatamente un par de agentes aquí, al Hotel Nixon. Que se hagan cargo del equipaje de Stewart y que interroguen al personal. Preferiría que lo hiciera usted en persona.

—Pero ¿por qué no lo hace usted?

—Yo salgo inmediatamente de aquí. He de hacer algo que quise llevar a cabo hace días, pero que no me dieron tiempo para ello. Ya le explicaré. Temo que si no me doy prisa ocurrirán más muertes.

Sin esperar la contestación de su jefe, Ford colgó el aparato. Con lo dicho había suficiente para que *Pack* comprendiera que por fin se había averiguado algo concreto en aquel endemoniado asunto. Tomó el primer taxi vacío que encontró y dio al chofer la dirección del domicilio que fuera de Clifords.

Mientras el coche corría a toda la velocidad posible hacia el Bronx, Joel Ford extrajo de su cartera un sobre y se puso a examinar su contenido. Eran las fotografías de todos los muertos, desde Clifords hasta Howard. Las mismas que pidió para enseñárselas al pobre portero y que éste no pudo llegar a ver, porque la muerte se lo impidió.

Era un golpe, que iba a dar a ciegas. Pero no se le ocurría otro medio para poder averiguar si existían más miembros de aquella asociación tan mermada ya.

El taxi entraba ya en las primeras casas del Bronx cuando Ford volvió a guardar las «fotos» en su bolsillo. Todavía tuvo tiempo de examinar otro objeto que guardaba celosamente desde el día que se cometió el asesinato del desgraciado portero. Se trataba de un botón, uno de esos botones inútiles que llevan los hombres en las mangas de sus americanas y que no tienen otra finalidad que la de perderlos en los sitios más absurdos.

Lo había hallado en el teatro del crimen. Estaba en el suelo y se lo guardó sin que lo viera el teniente Mathews. Comprendía que haciéndolo había faltado a su promesa de colaborar sin reservas con la Metropolitana. Pero lo hizo casi instintivamente. Además sabía bien a quién correspondía el botón, lo supo casi en el momento después de hallarlo.

De haberlo encontrado entré los dedos de la víctima no hubiera dudado ni un solo minuto, y el extraño caso que se le había encomendado habría tenido fin en aquel mismo momento con la detención del asesino. Pero no había sido así, y, como consecuencia, el botón no podría constituir una prueba irrecusable. Se le habría podido caer a cualquiera de los muchos que estuvieron en la portería. Y se podría haber caído antes o después de cometerse el crimen. Sin embargo, no se atrevía a desprenderse de él como cosa inútil.

Tenía el presentimiento de que el botón había de jugar un importante papel en el descubrimiento del asesino del portero, y,

como consecuencia, de todos los demás. Examinó el botón nuevamente. Era de pasta, gris oscuro, y sujeto todavía a él por los hilos que lo unieron a la manga se veía un minúsculo trozo de paño, gris también.

Precisamente aquella pequeña partícula de paño había sido la causa de que Ford concediera al hallazgo del botón más importancia de la que en realidad tenía. Al caerse de la prenda, por el uso, por el desgaste del hilo, no era lógico que arrastrara consigo un trozo de la tela, por pequeño que fuera. Aquello parecía indicar más bien que el botón había sido «arrancado» de su lugar.

Ford guardó precipitadamente lo que, según su forma de pensar, podría llegar a ser la clave del misterio en que se debatía. El taxi había parado frente a la dirección indicada. El joven pagó al taxista y entró precipitadamente. Saludó con un movimiento de cabeza al nuevo portero, y, despreciando el ascensor, ascendió hasta el piso segundo. Pulsó el timbre de un apartamento a cuya puerta había una placa de latón que decía: «Edith Taylor. Pensión».

Al abrirse la puerta apareció ante él una muchacha que le miró sonriente. Por espacio de unos segundos el agente especial permaneció extasiado sin poder pronunciar una palabra. Y la cosa no era para menos. Debía tener veinte años, si acaso; alta, esbelta, rubia y con unos ojos verdes sombreados por larguísimas pestañas. Un hoyuelo graciosísimo parecía dividir en dos la voluntariosa barbilla, y una ligera bata de casa dibujaba perfectamente unas curvas deliciosas que Fidias no hubiera mejorado.

—¿Qué deseaba, señor?

El agente especial se apeó de las nubes por donde se había paseado durante unos segundos. Instintivamente hizo algo que no solía hacer ni siquiera en el despacho de su jefe, el inspector *Pack*: se quitó el sombrero. Fué algo maquinal, como un homenaje mudo a la belleza de la muchacha.

—Perdón, señorita. Deseaba hablar unos momentos con la señora Edith Taylor.

La muchacha no respondió. Invitó a pasar al agente con un gesto, cerró la puerta en cuanto lo hubo hecho, y volviéndose hacia el interior, dijo en voz alta:

—Mamá: haz el favor de salir. Aquí hay un señor que desea verte.

Ford no se cansaba de admirarla. Habíase olvidado por completo del objeto de su visita, y hasta de la urgencia de la misma. Para él no habían existido en el mundo Clifords y demás compañeros mártires. La muchacha, no se sabe si porque le hiciera gracia aquella muda admiración o porque no se fiara mucho de la cara un tanto granujienta del agente, permanecía a su lado en espera de que saliera su madre. Por fin, al cabo de unos minutos se oyeron unos pasos, y el cuerpo de Edith Taylor, la opulenta jamona que había hallado el cadáver del portero asesinado, hizo su aparición.

—¡Ah! ¿Es usted?

No parecía que le causara mucha gracia la presencia del policía. Seguramente había pensado en la posibilidad de que fuera un nuevo huésped. La presencia de Edith Taylor hizo recuperar a Ford la serenidad perdida por unos instantes y hacerle recordar la urgencia de su visita.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VII



E hallaban sentados en una salita de estar. A instancias de Ford asistía a la reunión también Esther Taylor, la bellísima hija de Edith. No sabía en realidad por qué había solicitado su presencia. Bueno, lo que no sabía es qué relación podría tener la presencia de Esther con lo que él deseaba averiguar. Lo que perseguía era sencillamente no privarse del espectáculo que para sus ojos era la espléndida figura de la joven.

Joel habló sin rodeos. El portero asesinado le había dicho que el desaparecido Clifords celebraba de cuando en cuando unas reuniones en su casa. Reuniones de negocios, al parecer, a las que asistían algunos hombres. Como el piso de Clifords era vecino al suyo, él había pensado...

Vaciló un poco. No quería disgustar a aquellas mujeres, especialmente a Esther. Lo que quería preguntar era sencillamente si llevadas de esa curiosidad tan corriente en las mujeres de todos los países habían intentado meter sus narices donde no les importaba. Procuró adornar la cosa.

—He pensado —dijo— que acaso ustedes hubieran visto por casualidad a algunos de esos hombres y podrían reconocerlos si los volviera a ver.

—Acabe usted ya, hijo —dijo la señora Taylor—. Usted lo que quiere saber en realidad es si hemos «fisgoneado» algo sobre esas reuniones y podemos darle alguna información sobre ellas, ¿no es eso?

—Pues sí, señora. Yo no lo hubiera dicho así, pero... eso es.

Madre e hija echáronse a reír, y el agente les imitó, alegremente sorprendido.

—Pues tiene usted razón —dijo la madre cuando hubieron cesado de reír—. Conocemos de vista a todos o casi todos cuantos venían a las reuniones de Clifords, y de algunos de ellos incluso conocemos el nombre.

Ford no pudo contener un gesto, de extrañeza ante las palabras de Edith, y ésta se apresuró a explicar:

—Verá usted: nosotras salimos poco de casa. Mi hija Esther es escritora. Colabora en algunos «magazines». Parece que se va abriendo camino. Cada día le piden más artículos, y ello la obliga a permanecer en casa casi todas las tardes. Su cuarto de trabajo está separado solamente por un patio de luces de la habitación del piso de Clifords donde se celebraban esas reuniones. Mientras Esther trabaja, yo la acompaño; hago mis cuentas de la pensión o alguna labor. Forzosamente teníamos que ver a esos señores como nosotras éramos vistas por ellos. No sé si los conocemos a todos, ni cuántos eran los que asistían a ellas.

Ford sacó de sus bolsillos las fotografías de las víctimas del misterioso asesino y se las fué entregando a las dos mujeres, que las examinaron con la mayor atención.

—Éste es Clifords, el que fue nuestro vecino —dijo Esther.

—Este otro también asistía a esas reuniones —habló la madre—. Pero no sé su nombre.

—Este otro es el señor Parrot, y éste... creo que se llamaba

Power —añadió la joven—. De este otro tampoco sabemos el nombre. Pero...

—¿Qué? —preguntó Ford.

—No sé..., encuentro en todas estas fotografías algo raro. Parecen tener todos la misma expresión. Mejor dicho, parecen no tener expresión alguna.

—¡Ah, sí! Se me había olvidado decírselo. Estas «fotos» han sido tomadas después de muertos.

La muchacha palideció y dejó caer las «fotos» que tenía en las manos como si le quemaran. Pero la madre era menos asustadiza.

—¿Muertos? —exclamó—. ¡Caray! ¿Es que ha habido epidemia?

—Sí —respondió el agente, seriamente—. Epidemia de tiros y puñaladas.

Las dos mujeres le miraban asombradas. Ford se encogió de hombros. No juzgó necesario entrar en más explicaciones.

—En resumidas cuentas: ustedes reconocen a todos ellos como asistentes a esas famosas reuniones, aunque desconocen los nombres de estos dos, que son Howard y Blyth. Todavía hay otro más cuya fotografía no tengo todavía en mi poder, pero puedo hacerles una descripción aproximada.

Lo hizo así el agente, y madre e hija reconocieron sin género de dudas a Stewart.

—¿También ha muerto? —preguntó la muchacha, temblorosa.

—Sí. Ha sido asesinado la noche última. Bueno; tenemos en total seis hombres, seis componentes de esa misteriosa asociación, que han muerto. ¿Cuántos faltan? ¿Cuántos asistían al piso de Clifords?

Las dos mujeres quedaron pensativas por unos instantes repasando sus recuerdos. Fué Esther la primera en hablar.

—Deben ser tres por lo menos —dijo—. Uno de ellos se llama Taft. Es un hombre de unos sesenta años. Alto, grueso, de rostro muy colorado. Me produjo la impresión de no ser un hombre de ciudad. Granjero o ganadero, o algo así. Otro, también alto, casi calvo, con cara de bestia. Debía haber sido boxeador o luchador. Y, finalmente, otro de mediana estatura, delgado, con el pelo cano. No lo vi más que una vez, y de espaldas. No recuerdo de nadie más.

—Yo no podría decirle ni eso —terció la madre—; no soy muy buena fisonomista. Ni sé tampoco si era ése el número de individuos que venían a casa de nuestro vecino.

—Bien..., no puedo quejarme —dijo Ford, levantándose—. En realidad, no esperaba cuando vine tener la suerte que he tenido —dijo Ford, levantándose y mirando fijamente a Esther, que se creyó en la obligación de bajar los ojos y sonrojarse levemente—. Me llevo algunos datos de importancia...

—¿Cree usted que lo que le hemos dicho le servirá de algo?

—Supongo que sí. No es que vaya a resultar muy fácil, pero vaya..., puede que logremos salvar la vida de Taft y de ese de la cara de bestia.

—¿Y el otro?

Ford se encogió de hombros y sonrió antes de responder.

—No; al otro no podremos salvarlo, no sabemos nada de él... Pero no creo que lo necesite —dijo enigmáticamente.

—Bien —interrumpió Edith Taylor—. Pues si no tiene nada más que preguntarnos, con su permiso voy a echar un vistazo a la comida de mis huéspedes.

—Vaya, vaya usted, señora. Creo que sus huéspedes deben estar muy contentos aquí. Avíseme cuando tenga una habitación libre. Es posible que me interese esto, si... él precio.

—Hable de eso con mi hija —respondió Edith, echando a correr hacia la cocina, de donde se desprendía un olorcillo, alarmante a chamusquina.

—¿De verdad quiere usted venirse aquí?

—¿A usted qué le parecería?

La muchacha se encogió de hombros con un leve gesto de indiferencia, que desmentían sus ojos. El repitió:

—¿Le disgustaría?

—¿Por qué me va a disgustar? Pero no sé...; usted debe estar acostumbrado a algo mejor.

—Estando usted aquí, no hay nada mejor en Nueva York. Además, yo me acostumbro a todo. A todo, menos a una cosa.

—¿Cuál?

—A no verla a usted todos los días.

—Yo creía que los agentes del

F. B. I.

no sabían hablar más que de crímenes y de misterios —respondió Esther, burlona.

—Yo sé hablar hasta de...; bueno, nena —dijo Ford, tuteándola

con descaro—, ya hablaremos de eso. ¿Qué te parece si cenásemos juntos mañana noche?

—Bueno. Pero ¿no tenías que salvar a ésos hombres?

—Tienes razón, hija. Ya se me había olvidado. Hasta mañana, literata.

—Adiós... ¡«Sherlock Holmes»!

Cuando Ford salió de la casa de Edith Taylor, iba sonriendo alegremente. La visita a la opulenta matrona había producido frutos de distintas clases. Por un lado, había tenido la confirmación de que el asunto que se le había encargado estaba en vías de solución. Claro que había de obrar con toda rapidez, antes de que la solución no la quisiera dar el mismo asesino, terminando con el resto de los que fueran sus asociados. En este caso, aunque él terminara por detener a aquél, su fracaso sería absoluto. Había de impedir que el llamado Taft y el tipo del rostro de bestia, según la gráfica expresión de Esther, recibieran la visita del otro individuo de aspecto vulgar y pelo canoso.

Ford creía conocer ya al asesino, pero tropezaba con dificultades casi invencibles para demostrarlo. No poseía prueba material alguna de sus crímenes. Solamente aquel botón que yacía en el fondo de uno de sus bolsillos, pero no lo juzgaba suficiente, ni seguramente podría convencer con ello a ningún Jurado. No tendría más remedio que provocar una confesión del asesino, pero temía que ello no fuera cosa sencilla. Se trataba de un hombre peligrosísimo, un hombre que perseguía un fin determinado con aquella serie de crímenes, y que no cesaría hasta poner remate a su obra.

El agente especial no se atrevía siquiera a informar a su jefe de sus sospechas. Sabía de antemano que se le reiría en sus propias narices. No podría hacerlo, por lo menos hasta no tener algo irrefutable, algo tangible en sus manos, y el asesino no era hombre capaz de dejar nada al azar.

Bien; ahora no se trataba de eso. Ahora lo que corría verdadera prisa era averiguar quién era el tipo de la cara de boxeador, y protegerlo. Y hacer lo mismo con el llamado Taft, aunque a éste lo consideraba fuera de peligro por el momento. Había visto que Esther era buena observadora. Había calificado a Taft como provinciano, y estaba seguro de que era así y de que esta circunstancia le valdría el privilegio de ser la última de las víctimas

previstas. El peligro era inminente para el otro individuo, y a él había de dedicar toda su atención.

Suponía que no le sería muy difícil averiguar su paradero. Los archivos del

F. B. I.

podrían seguramente venir en su ayuda. Era muy probable que un individuo como el que Esther le había descrito figurara en las diversas colecciones de fichas que figuraban en los registros de la División de Nueva York. No abundan, afortunadamente, los individuos que llevan retratados en sus rostros la podredumbre que recubre sus almas. Lo que constituye otra sabia medida de la Providencia. En caso contrario, sería imposible circular por las calles sin enfermar del corazón.

Entró como una tromba en el archivo, y le explicó el caso al encargado. La petición no era muy corriente. Buscar entre millones de fichas la de un individuo del que se desconoce el nombre y de quién se ignoran todas las demás circunstancias, no es una labor sencilla.

Al azar, sin tener de ello una seguridad absoluta, Ford pidió que se le seleccionaran las fichas de pugilistas, tanto en activo como retirados de la profesión, de los que constaran antecedentes. Esto ya fué más sencillo. Al cabo de media hora, Ford se encontraba examinando cincuenta y siete fichas de esta clase de individuos.

Es asombroso el número de boxeadores de más o menos importancia que en Norteamérica han derivado hacia el camino de la delincuencia, especialmente entre los fracasados, es decir, entre aquellos que no pasaron jamás de ser unos luchadores medrosos, «teloneros», en reuniones pugilísticas de mediana importancia.

Ford recordaba perfectamente la descripción que Esther había hecho, del individuo visto por ella en cierta ocasión. No era un hombre excesivamente joven. Teniendo en cuenta esto y la particular fealdad de su rostro, Ford seleccionó doce fichas de las cincuenta y siete que le habían sido entregadas, y con ellas en la mano salió del archivo con la misma prisa que había llegado.

Al pasar por el antedespacho de la oficina de su jefe, el agente de guardia le gritó:

—¡Oye, Joel! El jefe ha preguntado por ti tres o cuatro veces.

Sin detenerse, el joven respondió:

—Dile que no me has visto, Jack. No puedo perder ni un minuto.

Y echó a correr como si alguien le persiguiera. Media hora después estaba sentado de nuevo junto a Esther en la misma salita de estar. La muchacha quedó asombrada cuando, al abrir la puerta, el joven la cogió de un brazo y la arrastró casi violentamente hacia aquella habitación.

—Suéltame, bruto. ¿Qué te ocurre ahora? ¿Ha matado ese hombre a alguien más?

—De eso se trata precisamente, nena. De evitar que mate a otro hombre. Y tú eres la que has de impedirlo.

—¡Yo! No en mis días. Te aseguro que no tengo madera de heroína.

—Bueno. Seré yo quien lo haga; pero ha de ser si me ayudas. Mira estas fotografías. Dime si entre ellas reconoces la de ese tipo con cara de bestia que asistía a las reuniones de vuestro vecino.

Ford entregó a la joven las fotos. La joven no pudo reprimir un gesto de temor al ver aquellos doce rostros. Eran de una fealdad de antología. Y hasta parecían poseer rasgos en común. Parecían hermanos, hijos de dos monstruos. Aquellas frentes hundidas, estrechas; los ojos pequeños, malignos, crueles; las narices aplastadas...

Sin embargo, Esther no dudó mucho. Señaló sin vacilar una de las fotos, y se la entregó a Ford, que esperaba impaciente.

—Éste es —dijo la muchacha.

—¿Estás segura? —preguntó el agente.

—Sin duda alguna.

Ford leía atentamente la ficha:

«Tony Spalato. Exboxeador. Americano; de origen italiano. Cuarenta y dos años. Ha sufrido una condena de diez años en

Sing-Sing

por atraco a mano armada. Licenciado el 4 de abril de 1952. Se supone que actualmente se dedica a la venta de drogas por cuenta de alguna banda. Peligroso».

En la ficha figuraban algunos datos más, que carecían de importancia para el agente, a excepción del último domicilio conocido de Spalato: calle Veintiséis. Harlem.

Ford, que ni siquiera se había quitado el sombrero, dio las gracias a la muchacha, que lo contemplaba en silencio. Luego, quizá juzgando que había sido poco expresivo, la enlazó por el talle y besó sus labios con fuerza. En respuesta a su atrevimiento, recibió un puntapié en la espinilla, que le hizo soltar apresuradamente a Esther. La muchacha se echó a reír al verlo correr hacia la salida con toda la velocidad que le permitía la pierna dolorida.

Por tercera vez en el mismo día, Ford se vio cruzando Nueva York a toda la velocidad que permitía el tráfico y el renqueante taxi que pudo encontrar. Todavía se estuvo acariciando un buen rato la pierna. Pero, al mismo tiempo, sonreía satisfecho. Es cierto que Esther se había defendido con excesiva energía de su gesto un poco precipitado, pero también era verdad que en el rostro de la muchacha no vio disgusto por el beso robado. No, no hubo indignación en su mirada. Si acaso, un poco de burla.

Ford se prometió a sí mismo repetir la suerte en cuanto se le presentara ocasión; pero, para evitar la repetición del puntapié, le diría antes algo que se le había olvidado, y que sería precisamente lo que la muchacha esperaba oír antes de ser besada: que la quería. Que estaba loco por ella.

Abandonó estos agradables pensamientos, mientras el taxi, haciendo unos quiebros inverosímiles, le llevaba hacia la 26th Street, en Harlem. Se sonrió irónicamente. Era la primera vez desde que ingresó en el

F. B. I.

que, en cumplimiento de su deber, tuviera que correr como lo hacía en aquel momento, para salvar la vida de un criminal; de un bandido merecedor, sin duda alguna, de la silla eléctrica; pero que comparado con aquel ser misterioso que a esa misma hora, probablemente, estaría plumeando o intentando terminar con su vida, el exboxeador era, sencillamente, un niño inocente, una infeliz hermana de la caridad.

También pensaba Ford en que su jefe, el inspector *Pack*, le reprendería severamente si supiera que iba a enfrentarse personal y completamente solo con el terrible asesino. Ford no era un hombre temerario, ni se exponía jamás inútilmente. Su valor era frío, sereno, y así lo había demostrado ya infinidad de veces a lo largo de su vida profesional.

Pero ahora las circunstancias variaban. La vida de un hombre estaba en peligro. Se trataba de un criminal, de un indeseable, indudablemente, pero, al fin y al cabo, de un hombre. Y, por tanto, sólo Dios, en primer término, y la Justicia humana, en segundo lugar, tenían derecho a su vida.

El tiempo urgía. Incluso era posible que Ford no llegara a tiempo de salvar aquella vida miserable; pero menos hubiera llegado aún de entretenerse para decirle a su jefe quién era el culpable de toda la larga serie de crímenes cometidos en el espacio de dos meses, y, sobre todo, llevar a su ánimo el convencimiento de que no se equivocaba al señalarlo como único culpable. Tan inverosímil había de parecerle.

Por fin, el coche se detuvo frente al número 56 de la calle indicada. El agente despidió al taxi después de pagarle. Nada parecía indicar que la muerte hubiera hecho acto de presencia allí. La vida estaba en todo su apogeo. Una bandada de chiquillos blancos y negros, sucios, harapientos y churretosos había entablado una descomunal batalla entre sí, arrojándose los tronchos de repollo, tomates podridos y otros desperdicios abandonados en mitad del arroyo por los vendedores ambulantes.

Uno de éstos, un italiano, pillado en el vórtice de la descomunal batalla, blasfemaba y maldecía, sin dejar por ello de pregonar con voz y ademanes de cantante napolitano, su mísera mercancía.

Ford se acercó a una obesa comadre, que sentada ante la puerta de la casa contemplaba complacida los regates que hacía el italiano para evitar los repollos que cruzaban, veloces, por encima de su cabeza.

—¿En qué piso vive Tony Spalato? —preguntó el agente.

La vieja dejó de reír. Levantando la cabeza, miró atentamente al joven. Joel había dado a su rostro una expresión granujienta. Conocía perfectamente a la gente que habitaba aquellos barrios, y sabía que si llegaban a sospechar remotamente siquiera su profesión, no solamente no hallaría colaboración alguna, por poco importante que fuera, sino que tropezaría con una resistencia más o menos pasiva, que le haría perder un tiempo precioso.

—Necesito verle, abuela —dijo, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo con picardía—; tenemos que marcharnos en seguida. El médico nos ha aconsejado que cambiemos de aires.

La vieja esbozó una sonrisa de complicidad, dejando ver un solo diente, retorcido y amarillo, en la negrura de su boca maloliente.

—Cuarto treinta y dos, piso segundo.

Ya iba Ford a echar a correr escaleras arriba, cuando oyó a la vieja, murmurar.

—Muchas visitas tiene hoy, Tony. Ni que fuera una «*vedette*».

Se volvió Ford como si le hubiese picado un alacrán.

—¿Qué dice usted, abuela? ¿Quién ha venido a verle?

—¡Oh! No sé quién es. Un tipo bien vestido. No muy alto y ya de alguna edad. Ya ha venido otras veces.

Ford ya no la oía. De cuatro en cuatro subía los escalones de la ruinoso escalera, sin hacer caso de sus gemidos ni de la fragilidad de la barandilla en la que apoyaba su mano. Tenía el convencimiento de que había llegado tarde. Sin embargo, antes de llegar ante la puerta del miserable cuarto que ocupaba el exboxeador, sacó su «Luger» del bolsillo y quitó el seguro.

No se entretuvo en llamar. Empujó la puerta, que cedió inmediatamente, y quedó en pie, bajo el dintel, contemplando con horror el cuadro que se ofrecía ante sus ojos, y que no por esperado le causó menor impresión.

Tony Spalato estaba sentado ante una mesa. Ante él había una botella de «*whisky*» medio vacía y un vaso volcado. Tenía los brazos extendidos sobre la mesa y la cabeza inclinada sobre el poderoso pecho. Debajo de la silla, un gran charco de sangre, y entre los dos omóplatos destacaba, brillante, el dorado mango de un estilete.

«¡Demasiado tarde!», murmuró el agente especial Joel Ford.

VIII



EINTICUATRO horas antes, en un rancho situado a unas veinte millas de Albany, su dueño, Georges Taft, encerrado en su despacho, recorría la estancia a grandes zancadas. Eran las diez de la noche, y en la enorme casa reinaba absoluto silencio. Todos los habitantes del rancho, a excepción de Taft, se hallaban entregados al descanso. En el campo se madruga mucho, y las diez de la noche es hora demasiado avanzada para estar en pie, sobre todo si al día siguiente es día laborable.

Taft era un hombre de unos sesenta años de edad, de temperamento sanguíneo, y todavía fuerte como un roble. Hacía veinte años que vivía en la comarca, y tanto en Albany como en las granjas vecinas gozaba de prestigio y consideración. Y el único que sabía que ese prestigio y esa consideración no eran merecidos era el propio Taft.

Poseía éste un rancho floreciente, una respetable fortuna y,

sobre todo, una hija adorable. Su Fanny. Pero no siempre le había sonreído la Fortuna, hacía ya tiempo, diez o doce años, que Taft atravesó una dura crisis económica. Intentó inútilmente hacer frente a ella. Buscó apoyo entre sus amistades. Fracasó rotundamente. Unos se encontraban en igual o peores condiciones que él, y no pudieron prestárselo. Otros, egoístas y desagradecidos, no quisieron, sencillamente.

Desesperado, marchó a Nueva York. Vivía allí un amigo y paisano suyo, Dan Parrot, que había triunfado en la vida, por lo menos si se consideraba su tren de vida. No les había unido jamás una amistad muy profunda; pero, en fin, eran amigos. Taft acudió a él en última instancia. Sabía o sospechaba que su amigo no se había enriquecido por procedimientos muy limpios; pero Taft, ofuscado, ya no quiso pensar en eso.

El pensamiento de que no podría legar a su hija más que la miseria, le cegó. Parrot le recibió cariñosamente. Siempre había sido así: un carácter falsamente simpático, uno de esos hombres que en seguida te echan el brazo sobre los hombros con aire protector y te aplastan con su optimismo.

—Créeme que lo siento de veras, George —dijo a Taft, cuando éste acabó de exponerle su situación—. No puedo prestarte esa cantidad que necesitas. Manejo dinero, es verdad, pero todo lo tengo invertido en negocios. No me es posible distraer una cantidad semejante. Pero no te apures. Hay una fórmula para salvar el bache en que te encuentras. Necesito un hombre de confianza. Tú puedes serlo. Tendrás un buen sueldo y mejores condiciones. Te podré hacer un adelanto de cierta importancia a cuenta de tus ingresos. Con él podrás tapar lo más urgente.

No le dijo qué clase de negocios eran los suyos, y, en honor de la verdad, Taft tampoco demostró mucho interés por saberlo. Aceptó. Él y su finca estuvieron a disposición de la banda desde aquel mismo momento.

Por espacio de cinco años, una ceguera moral no le permitió ver la realidad de la situación. El dinero fluía a sus manos abundantemente. Libró de hipotecas la casa, dio un enorme impulso a la explotación de su granja y reafirmó la consideración con que ya era mirado por sus conciudadanos.

Fué cinco años más tarde. Siempre había mirado a su hija como

a una niña, y de pronto, aquella tarde la vio por primera vez convertida en una mujer. Y en una mujer bellísima. Y por primera vez en su vida sintió remordimientos. Era cierto que había salvado a su hija de la ruina material, pero no lo era menos que vivía constantemente expuesta a algo peor.

Ahora ya sabía perfectamente cuáles eran las actividades de la banda, cosa que en los primeros meses de su ingreso en ella no sabía con seguridad. Parecía como si en los primeros tiempos no tuvieran suficiente confianza en él, y, como consecuencia, lo tenían lo más alejado posible; pero luego la cosa varió. Bien porque ya mereciera su confianza, o sencillamente por tenerlo más ligado a sus crímenes, fué ascendiendo de categoría en la organización, hasta llegar a ser lo que ahora era. Es decir, que en el caso de que todo aquello se viniera abajo, como fatalmente tenía que suceder, ante él se abrirían las puertas del presidio, y en él moriría.

Y su hija quedaría sola en el mundo. Rica de dinero, pero deshonrada. Tendría que desaparecer y rehacer su vida con otro nombre que no fuera el de su padre. Loco de espanto y de remordimiento, intentó por cuantos medios pudo apartarse de la banda. Ingenuamente fué a contar sus temores a Parrot. Se burló de él. Los demás no se conformaron con burlarse. Se le amenazó de muerte. Y continuó perteneciendo a la banda. No tuvo valor para confesarse a su hija y tomar una decisión heroica.

Sin embargo, pretextando unas veces su avanzada edad y otras escasa salud, logró eludir tomar parte en varios de los crímenes cometidos por la banda en los últimos tiempos. Apoyó con todas sus fuerzas a los que en la última reunión celebrada apoyaban la idea de disolver la organización. Desde hacía cinco años no se había beneficiado ni en un solo dólar de los que le correspondieron en el reparto. Conforme recibía su parte la enviaba con una carta anónima a alguna institución benéfica de Albany, pareciéndole que con ello, si no lavaba sus culpas completamente, las aminoraba a los ojos de Dios y ante los suyos propios. Idea equivocada, como le reprochaba constantemente su conciencia.

Luego empezaron aquellas muertes en el seno de la banda. Como le había ocurrido a Stewart, las primeras no llamaron mucho su atención; pero al ocurrir la de Blyth, comenzaron sus sospechas. Alguien, en el seno de la criminal organización, estaba recurriendo

al crimen para terminar con todos ellos. Y bien pronto le llegaría a él el turno.

No sintió temor, como le ocurrió a Stewart. Pero tomó sus precauciones. Hizo testamento, legando cuánto tenía a su hija Fanny. Escribió una amplia confesión, que dirigió al Attorney de Albany, y entregó ambos sobres, sellados y lacrados, a la custodia de un notario.

No sospechaba quién de los miembros de la banda sería el misterioso asesino, o, mejor dicho, sospechaba de casi todos. Pero sus sospechas tomaron cuerpo y se cristalizaron al ocurrir la muerte de Stewart. Con la desaparición de éste, no quedaban con vida más que tres miembros de la banda, sin contar con los agentes secundarios, de los que no era posible sospechar.

Quedaba él, que sería, probablemente, una de las próximas víctimas. Quedaba Tony Spalato; era absurdo pensar en aquel bestia. Carecía de la inteligencia necesaria e incluso del valor, bueno, de la clase de valor de que daba muestras el otro..., el criminal, el súpercriminal.

Parecía que lo estaba viendo. Y no comprendía cómo no había pensado inmediatamente en él. No podía haber sido otro. Aunque no la dirigía materialmente, aquel hombre podía considerársele como el verdadero cerebro de la organización, la eminencia gris. Taft le había temido desde el primer momento en que lo vio. Era excesivamente fino, educado, pero sus labios finos y sus ojos de mirada fría indicaban crueldad. Y aquel hombre...

Recordaba perfectamente la última reunión. Era el único que había permanecido neutral en la discusión sobre si se disolvían o no. Parecía acomodarse siempre a los acuerdos de la mayoría. Pero ya había sacado las uñas.

Su plan estaba ya claro, como la luz del día. Eliminaría a todos, uno o por uno. Había reunido una fortuna grande y gozaba de una situación envidiable, de la que se había valido hasta ahora para que salieran con bien todos los golpes de la banda y que sus crímenes quedaran impunes.

Taft temblaba de indignación. Había cesado en sus paseos por el despacho, y tomó asiento nuevamente ante su mesa. Por fin, su rostro adquirió una extraña serenidad. Desterró de su ánimo toda vacilación. Escribió una larga nota destinada a Fanny y puso en una

maleta unas cuantas prendas interiores y sigilosamente salió del edificio. Afortunadamente, el cobertizo que hacía las veces de garaje, en el que guardaba su «Ford», casi prehistórico, estaba a más de cien metros del rancho propiamente dicho.

No pudo evitar, naturalmente, que aquel montón de chatarra asmática tosiera y escandalizara lo suficiente para despertar a todos los perros de la granja, pero nada de eso tenía una importancia excesiva. Lo verdaderamente importante es que él pudiera estar cuanto antes en Nueva York para poner término, siquiera fuera un poco tardíamente, a la, al parecer, interminable serie de crímenes.

Durante el viaje no tuvo apenas tiempo para pensar. Gobernar aquel innoble trasto en el que se había embarcado no era una cosa sencilla, y tenía que poner toda su atención en no despeñarse. El coche parecía tener cerebro propio, y debía haberle molestado mucho que le sacaran del tibio ambiente de su cobertizo a horas tan intempestivas. Lo cierto es que, a falta de otro medio para hacer constar su enérgica protesta, el «fotingo» se detuvo tres o cuatro veces en el camino, con la consiguiente desesperación de su dueño, que sentía crecer su impaciencia por llegar a Nueva York.

Sin embargo, en los momentos en que el venerable «Ford» dio muestras de docilidad, Taft fué elaborando su plan de acción para cuando llegara a la gigantesca urbe.

En principio había pensado ir inmediatamente en busca de Tony Spalato, para advertirle del inminente peligro en que se encontraban los dos. Pero desistió de ello en seguida. Meter en aquel bloque de cemento que Tony tenía por cabeza todo cuanto él suponía, sería una labor demasiado ardua. Tony era muy bruto, pero de una fidelidad absolutamente perruna, y era posible que reaccionara contra él.

Y si por casualidad llegaba a convencerle de todo aquel proceso, lo más seguro es que reaccionara de acuerdo con su mentalidad, es decir, que quisiera erigirse en vengador de toda la banda, tomándose la justicia por sus manos. Y eso no era lo que quería Taft.

El granjero de Albany estaba dispuesto a que la Justicia interviniera y fuera la que diera su merecido al criminal. Y si para ello él había de confesar sus culpas y, como consecuencia, sufrir el castigo que su intervención en las actividades de la banda merecía,

aceptaría resignado su destino.

Por fin, cerca de quince horas después de su salida de su granja, Taft detenía el arcaico «Ford» ante la puerta de la División del F. B. I.

en Nueva York, bajo la mirada de curiosidad y asombro del «cop» de plantón. Cuando el coche dejó de jactarse y toser, a su alrededor se había formado un círculo de curiosos, decididos a gozar del gratuito espectáculo.

—Oiga, guardia —dijo Taft al plantón—: quisiera hablar con el jefe del

F. B. I.

—¿No se conformaría usted con algo menos? —preguntó, un poco burlón, el agente.

—Me da igual. Vengo a decirles algo sobre la muerte de un tal Stewart y otros individuos.

El agente adoptó inmediatamente un tono de seriedad. Mandó llamar a un compañero, al que dijo cuáles eran las pretensiones del que hasta entonces había considerado como un palurdo.

—Acompáñalo al despacho del inspector *Pack* —recomendó.

Y con no poco asombro, ni menos indignación, de los que hacían antesala ante el despacho del inspector jefe del

F. B. I.

en Nueva York, Taft fué recibido por éste inmediatamente.

El agente especial del

F. B. I.

Joel Ford había permanecido por espacio de unos minutos solamente ante el cuerpo de Tony Spalato. Joel no era precisamente un sentimental, ni le importaba gran cosa que Tony Spalato hubiera dejado de pertenecer al mundo de los vivos. Pero, a pesar de ello, sentía que la rabia le invadía y que en su pecho nacía con fuerza avasalladora una furia terrible hacia el misterioso criminal que, con frialdad inaudita, iba eliminando inexorable y arteramente a todos los que fueron sus cómplices.

No perseguía el asesino con toda aquella serie de crímenes librar a la Humanidad de unos asesinos terribles, ni pretendía con ello realizar un acto de justicia, aunque fuera errónea. Su finalidad era, sencillamente, eliminar a unos cómplices, peligrosos para su

seguridad, y después gozar de los sangrientos frutos obtenidos y de un prestigio y una consideración inmerecidos.

Contemplando el cadáver de Tony Spalato, el agente especial meditó por espacio de unos segundos. La Ley es terminante; para condenar a un hombre, para detenerlo incluso, hay que contar con pruebas evidentes, pruebas materiales de la acusación que contra él se haga. Y Ford carecía de dichas pruebas. Sabía quién era el asesino. Tenía la evidencia de ello, la seguridad moral; pero, según la Ley, eso no era suficiente. Ford temblaba de rabia. Era absolutamente necesario poner fin al interminable rosario de crímenes, Y Ford se decidió. No tenía prueba alguna, pero la obtendría en seguida, aunque para ello tuviera que sacarle al criminal su confesión, junto con su vida.

Salíó de la habitación donde yacía Tony Spalato, cerrando la puerta cuidadosamente. Bajó las ruinosas escaleras. Al salir a la calle, la vieja comadre le saludó con una nueva sonrisa de su boca sin dientes. Desde el primer bar que encontró, el agente llamó a la Policía Metropolitana. Sin hacer caso de las voces que daba el agente que recibiera el aviso telefónico preguntándole su identidad, se limitó a dar las señas de Spalato, diciendo que había sido asesinado, y unos minutos después se hallaba de nuevo sentado en un taxi, corriendo, a toda la velocidad permitida, por las calles de Nueva York.

Un poco más tarde subía apresuradamente las escaleras de una casa de Riverside. Al llegar al tercer piso, echó un vistazo a las puertas de los cuatro departamentos, hasta detenerse en el tercero de la izquierda. Sacó su «Luger», la amortilló y se la puso en el bolsillo de la gabardina. Después pulsó decididamente el botón del timbre.

Abrióse la puerta segundos después, y ante él apareció la figura de un hombre de mediana estatura, pelo canoso, facciones agradables y aspecto de intelectual, que le miraba sonriente.

—¡Caramba, Ford! —dijo—. Pase, pase. No esperaba su visita.

El agente especial tuvo un momento de vacilación. Jamás pudo suponer que se le hiciera un recibimiento semejante. Su seguridad flaqueó. Era imposible que aquel hombre fuera el asesino que buscaba con tanto ahínco. Su actitud no podía denotar más que dos cosas: que era completamente inocente, o que poseía un cinismo y

un dominio de sus nervios verdaderamente admirable.

Ford pasó. Aunque hubiera querido hacer otra cosa, ya no podía retroceder. Y además, una conversación con el hombre que tenía ante sí podría dar muy buenos frutos para su misión, tanto si era culpable, como suponía, como si no lo fuera, a pesar de todas las apariencias. Pasó con cierta confianza. Físicamente, el hombrecillo aquel no podía ser enemigo de importancia para el joven. Tenía, seguramente, el doble de edad que él; su corpulencia no podría aguantar siquiera un buen puñetazo, asestado por sus puños jóvenes y poderosos.

No valoró bien la calidad de su enemigo.

—Por aquí, Ford —dijo éste, señalándole una puerta.

Fue lo último que oyó. Anduvo dos pasos en la dirección señalada, y, de pronto, algo pesado cayó con fuerza sobre su cabeza descubierta. Antes de perder el conocimiento, le pareció oír el sonido de una risita sardónica.

Edith Taylor y su hija Esther se hallaban en la salita de estar de su piso. La joven tenía ante sí un montoncito de cuartillas en blanco y mordía distraídamente la capucha de su estilográfica. Edith, frente a ella, zurcía cuidadosamente unos prosaicos calcetines de alguno de sus huéspedes.

Hacía más de dos horas que se encontraban allí, y en aquel espacio de tiempo el número de calcetines zurcidos por la madre formaban una respetable pirámide, cuidadosamente colocados en un cestillo de mimbres; pero, en cambio, la cuartilla que se hallaba frente a Edith seguía luciendo la misma albura que dos horas antes.

—¿Qué te ocurre, hija? ¿No estás inspirada?

La chica no salió de su abstracción, pero la madre continuó, terca:

—Desde que apareció por aquí ese policía feo, éstas un poco extraña.

—¡No es tan feo, mamá! —protestó la muchacha.

—¡Vaya, vaya! Conque no te parece feo, ¿eh? —respondió, burlona, Edith—. Eso mismo pensé yo el primer día de tu padre. Y la verdad es que el pobre no tenía mucho que agradecerle a Dios.

—¡Mamá! ¡Qué cosas dices!

—Mira, hija: yo ya estoy de vuelta de muchas cosas, ¿sabes? A ti te ha interesado ese hombre. No lo niegues.

La muchacha dejó definitivamente la estilográfica, y miró sonriente a su madre.

—Sí, mamá. Es un chico muy simpático. Y me parece que me quiere.

—Bueno. Y si es así, ¿por qué estás tan pensativa?

—Verás... Su profesión no me hace mucha gracia. Siempre están jugándose la vida. Ahora mismo... buscando a ese asesino que ha causado tal mortandad entre los amigos del que fué nuestro vecino, Dios sabe a qué peligros que se expondrá.

—Mira, mira, hijita: no te pongas la venda antes de tener herida. Primero deja que sea realidad eso de que te quiere y de que lo quieres tú...

—De eso estoy segura —respondió la muchacha.

—¡Vaya por Dios! ¡El flechazo! ¿No? ¡Qué le vamos a hacer!

Se hizo una breve pausa, que Edith aprovechó para meterse con otro calcetín y encarnizarse con él, mientras lanzaba suspiros, que alternaba con constantes miradas a su hija. Esther, sin hacer caso de unos y otras, continuaba pensando en las musarañas o pidiendo inspiración a las musas, cosa que no se podría averiguar con certeza, pues ambas posturas son casi idénticas.

En vista de que a no ser sobre el mismo tema le sería muy difícil sacarle ni una sola palabra del cuerpo a su hija, Edith se decidió a hablar de nuevo del achaparrado agente del

F. B. I.

, que tanta impresión había causado en el ánimo de su hija, hasta el punto de que en dos horas de hallarse ante las cuartillas, amenazándolas con la punta de su estilográfica, todavía no había sido capaz de emborronar ni una sola de ellas.

—Esther —escupió las palabras como si no pudiera tenerlas por más tiempo en su interior—: es cierto que no hay nada escrito sobre gustos, hija mía. No sé qué has podido ver en ese hombre, para que te haya sorbido el seso hasta ese punto. Pero, en fin, no se trata ahora de eso. No eres tú la primera mujer que se enamora de un hombre feo, ni serás la última.

—Bueno, mamá —respondió, pacientemente, Esther, que seguramente no escuchaba a su madre.

—Déjame que hable, hija —gritó la madre, encolerizada. Ya sé que es inútil cuánto te diga. Eres lo mismo de terca que fue tu

difunto padre. Pero, de todas formas, mi obligación es abrirte los ojos..., aunque luego los vuelvas a cerrar.

—Sigue, mamá, sigue. ¿Qué estabas diciendo?

—¡Vete a la porra!... Te decía que está mal que te cases con un hombre, cuya presencia no es muy agradable. Pero lo que no concibo es que te enamores de un individuo que tiene menos inteligencia que...

—¿No te excedes, mamá?

Había desaparecido del rostro de Esther todo rastro de indiferencia. Siempre había mantenido la idea de que jamás se casaría con un hombre guapo, a no ser que a la belleza masculina uniera una inteligencia despierta, ágil. Y desde luego, siempre había dicho que prefería unirse a un hombre feo, pero inteligente, que no a un galán de cine con la cabeza vacía. Precisamente, su inclinación hacia Joel Ford, manifestada desde el momento en que lo viera por primera vez, había obedecido a que todo en el agente especial le había parecido revelar una rapidez de comprensión, una agilidad de pensamiento fuera de lo vulgar.

—Te ciega la antipatía que sientes hacia él, mamita —dijo—. No puedo negarte que Joel sea feo, según el concepto que tú tienes de la belleza en los hombres. Pero lo que no admito ni por un solo momento es que no sea inteligente. ¿Qué te hace suponer eso?

—Hija: a las pruebas me remito. Ese hombre vino aquí a preguntarnos cosas acerca del que fue nuestro vecino y de sus visitantes.

—¿Y qué?

—Pues que no comprendo por qué lo hizo. Nosotras, bien poco podríamos decirle de todo eso, y, en cambio, el conoce y trata a uno de los componentes de esa asociación. ¿No hubiera sido más sencillo preguntárselo a él?

Esther quedóse pensativa por espacio de unos segundos. No acababa de asimilar lo dicho por su madre. No era lógico, naturalmente, que Ford, un muchacho inteligente a todas luces, hubiera ido a preguntar a unas desconocidas lo que podría haber averiguado sin ningún trabajo de ese conocido. Sólo podía existir una razón: que Ford ignorara que aquel conocido suyo formara parte de las visitas de Clifords, y, sobre todo, que ese individuo hubiera ocultado cuidadosamente su relación con Clifords y sus

amigos.

Se levantó, agitadísima, y cogió a su madre por los hombros.

—¿Quién era ese hombre, mamá? —preguntó, excitada—. ¿Quién era? Dímelo en seguida.

Edith miraba, asombraba, a su hija. No podía comprender lo que le ocurría.

—No sé quién era, hija. Un hombre de mediana edad. Canoso. Usa lentes. Tiene aspecto de intelectual.

—Bien. Pero ¿dónde le viste tú? ¿Cómo sabes que Joel lo conoce?

—No te comprendo, hija. Ese hombre estaba con Ford, y con el inspector, y los demás policías, el día que mataron al portero. Estuvo hablando con ellos. Yo lo había visto en dos o tres ocasiones más; una en compañía de Clifords, nuestro vecino, y salir de su casa, de una de esas reuniones. Pero ¡no comprendo tu excitación!

Pero Esther ya no la oía. Había corrido al teléfono, y marcaba un número apresuradamente. Antes de que le respondieran, se volvió hacia su madre, para decirle:

—¿Quién era ese hombre? ¿Sabes su nombre? —Y ante el gesto negativo de su madre, añadió—: ¡Vístete en seguida! ¡Vamos a salir!... Oiga, oiga.

¿F. B. I.

?

—¿Por favor; el agente especial Joel Ford? Debo hablar con él inmediatamente.

Sin duda debieron darle una respuesta negativa desde la centralilla, porque en el rostro de Esther se dibujó un gesto de contrariedad.

—¿No está?...

La muchacha permaneció unos segundos vacilando, pero se repuso en seguida, diciendo:

—Oiga. Mire: se trata del asunto de la muerte de Clifords. Dígame con quién puedo hablar inmediatamente sobre eso. Es urgente.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo. Apenas habían transcurrido unos instantes, cuando una voz enérgica, apremiante y en tono de mando se oyó decir:

—Inspector *Pack* al habla. ¿Quién es ahí?

—Olga, inspector: soy Esther Taylor. Vivo en la misma casa que habitó Clifords. Acabo de saber algo acerca de ese asunto, y quería hablar con el agente Ford.

—No está en este momento; ni sé dónde se le podría localizar. Dígame a mí lo que sea.

—Por teléfono, no inspector. Además, ha de ser mi madre la que lo diga. Vamos inmediatamente para ahí. Tomaremos un taxi.

Efectivamente, pocos minutos más tarde, Esther, llevando casi a rastras a su madre, que todavía no acababa de comprender que ella tuviera nada interesante que decirles a los del

F. B. I.

, abría la puerta del despacho del inspector *Pack*, en Centre Street, y hacía una entrada en él, si no muy digna, por lo menos lo suficientemente llamativa para hacer levantar de sus asientos no solamente al inspector, sino también a un hombre de faz rubicunda, casi apoplética que se hallaba sentado ante su mesa y que, al parecer, no gozaba en aquel momento del pleno dominio de sus nervios.

Quedó la muchacha un poco perpleja ante la presencia de aquel desconocido, pero la voz de *Pack* le tranquilizó.

—La señorita Esther Taylor y su madre, ¿no es así? —preguntó. Y ante el movimiento afirmativo de la muchacha, continuó—: La esperaba con impaciencia, señorita. A usted y a su mamá. Y no he querido privarme de la compañía del señor Taft, aquí presente, porque tengo la esperanza de que lo que ustedes me van a decir me confirme una curiosa historia, que acabo de oír de labios del señor Taft. ¡Siéntense!



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXTOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

IX



MARRADO de pies y
manos a un sillón, el agente especial del
F. B. I.

Joel Ford miraba atentamente al hombre que tenía frente a él. Nada en el rostro del joven indicaba temor, preocupación o nerviosismo. Y, sin embargo, Ford ardía interiormente en indignación hacia sí mismo.

Se reprochaba su excesiva confianza y su inmoderado afán en la busca de pruebas materiales para proceder a la detención del hombre que, sentado ahora ante su mesa de despacho, escribía febrilmente unas notas, sin dejar de vigilarle atentamente.

Hacía varios días que sospechaba de él, que tenía la seguridad moral de que era el autor de la serie de crímenes que comenzó con

el supuesto accidente que costó la vida a Clifords; pero, precisamente por tratarse de un hombre de la personalidad del asesino, Ford juzgó precisa la posesión de pruebas materiales irrefutables, que no dejaran la menor duda sobre su culpabilidad.

«Y con ello —pensaba— he dado ocasión a que cometiera dos asesinatos más: el de Stewart y el Spalato, sin contar con que no sé lo que habrá sido de Taft, el único superviviente de la criminal asociación, si la cuenta que he hecho, basada en las declaraciones de Esther y Edith Taylor, es exacta».

Y sin contar, naturalmente, su propio asesinato, puesto que no podía hacerse ilusión alguna acerca del fin que le reservaba el hombre a quien había ido a visitar.

El asesino terminó de escribir. Dobló las cuartillas escritas, las metió en un sobre, que cerró cuidadosamente, y guardó en uno de los cajones de la mesa. Después se levantó, y se puso a pasear por el despacho con las manos en los bolsillos.

—No sabe usted lo que siento —comenzó a hablar— que se le haya ocurrido venir a verme. Siempre he sentido admiración hacia los hombres del

F. B. I.

Mientras que la cosa no pasó de las manos de la Metropolitana, tuve esperanzas de que todo terminara como había imaginado. Pero en cuanto ustedes se hicieron cargo de ello, comprendí perfectamente que ya no había remedio. No obstante, ya no podía detenerme.

—¿Por qué mato al portero? —preguntó Ford.

El hombre se detuvo frente al agente. No había en su voz sentimiento, ni cinismo, pero en sus ojos brillaba una luz extraña.

—Fué algo inevitable. Usted había estado hablando con él minutos antes. Me lo dijo él mismo. Le había ofrecido llevarle las fotos de los hombres muertos. Yo sabía que en cuanto los viera los reconocería como asistentes a las reuniones de Clifords. Y le diría, igualmente, que yo también asistía a esas reuniones. Era necesario evitarlo. Y lo evité.

—Pero con ello solo ha conseguido cargar su conciencia con unas muertes más —repuso el agente especial—. Además no consiguió lo que perseguía. Presamente desde aquel día comencé a sospechar de usted.

El asesino dejó oír una risita, suavemente irónica.

—Eso es un «bluf», querido amigo —dijo—. Con otro cualquiera podría servirle de algo, pero conmigo no. Ford no podría decir, en realidad, por qué mantenía aquella conversación y procuraba alargarla todo lo posible. Sabía que no tenía salvación alguna. El hombre que tenía ante sí estaba loco, y terminaría por matarlo a él; pero, como en casi todos los criminales, su vanidad era tan grande como su locura. Y querría demostrar ante él, antes de asesinarlo, la habilidad desplegada en la comisión de sus delitos.

El asesino arrastró otro sillón, hasta situarlo frente a frente del que ocupaba Ford.

—Sé que es usted un buen policía. Ford. Seguramente le gustará saber la razón de todo lo que he hecho hasta hoy. Y voy a contárselo, por dos razones: la primera, para satisfacer esa natural curiosidad que usted debe sentir, y la segunda, porque ya no tiene importancia que lo sepa o no. En cuanto acabe mi confesión, terminará su vida. Tengo tomadas todas mis medidas...

—Muy interesante —dijo Ford—. Le oigo a usted con la mayor atención, aunque me gustaría hacerlo en otras condiciones, claro.

—Ingresé en la Metropolitana muy joven. Hace treinta años. Tenía vocación y entusiasmo por la profesión. Ingresé como simple «cop», y en ese estado continué por espacio de muchos años, seis u ocho. Intervine en algunos casos, y creo que me distinguí. Por lo menos, así lo creí entonces. Esperaba que mis jefes se fijaran en mí, pero no fue así. Yo no tenía amigos o protectores, ni dentro ni fuera del Cuerpo. Continué de «cop» años y años, viendo que otros, con menos méritos que yo, pasaban a ocupar cargos superiores y ascendían rápidamente, gracias a la protección de los mismos a quienes debíamos perseguir. Fue en la época de la gran corrupción en la Policía.

—Y usted se buscó un protector, ¿no fue así?

Los ojos del capitán Quimms brillaron, amenazadores.

—Permanecí algún tiempo más de simple «cop». Había sido honrado hasta entonces, y quería seguir siéndolo —continuó el capitán de la Metropolitana—. Una noche, hace ya quince años, me nombraron de compañero de servicio de otro guardia. Nos dijeron que teníamos que montar la vigilancia en cierto sitio por el cual iba a introducirse una partida de drogas, según confidencias recibidas. No conocía apenas a mi compañero, mucho mayor que yo. Fuimos

al sitio indicado. Con gran asombro mío, mi compañero, en vez de montar la guardia, como se nos había ordenado, se sentó tranquilamente, y empezó a hablarme. No he podido saber todavía si fue una cosa preparada o casual. El hecho es que empezó por decirme que aquel servicio nos iba a valer un puñado de billetes.

Ford estaba ya verdaderamente interesado en el relato del capitán Quimms.

—Cuando aquel hombre comprendió su error y supo que yo no estaba al corriente de lo que se tramaba, se asustó. Quiso rectificar, pero ya era tarde. Amenacé, como es natural, con denunciarlo en cuanto llegáramos a nuestro Precinto. Enloqueció, y sacó su arma... Fui más rápido, o tuve más suerte..., no sé. Lo que sabía era que a mis pies había un hombre muerto, muerto por mí. Que nadie nos había visto, y que me sería muy difícil hacer creer a nadie la verdad de lo sucedido. Aquello representaba, por el lado más favorable, la expulsión del Cuerpo, algunos años de cárcel..., ¡quién sabe!

—Pero no ocurrió nada de eso, ¿verdad?

—No. Llegó el sargento. Venía solo. Le conté lo sucedido. Me extrañó la indiferencia con que escuchó mi relato.

Miró su reloj de pulsera, y continuó:

—Seré breve. Aquel hombre me puso ante un dilema. Si yo contaba cuánto me había dicho el muerto, él me detendría por asesinato. Su palabra contra la mía. Si me callaba, me prometió su silencio y ciertas mejoras, que entonces no llegó a detallar.

—Aceptó usted callar cuánto sabía, ¿no?

—Sí. Acepté. Y entré a formar parte de la asociación. Al principio, mi intervención se limitó a hacer la vista gorda. Menudearon los obsequios en metálico, y fui mejorando de puesto. Un año después, el sargento murió. Fué una de esas ironías del Destino. Aquel hombre, cargado de delitos, prevaricador y traidor a su juramento, murió en acto de servicio. Fué un héroe. ¡Ja, ja, ja!

La estridente carcajada salida de la garganta de Quimms, produjo un estremecimiento en el cuerpo del agente especial.

—Hasta entonces, yo sólo había tratado con el sargento muerto, es decir, no conocía a ningún otro miembro de la banda. Al faltar aquél, pensé en la posibilidad de recuperar mi tranquilidad de conciencia, perdida por completo, y volver a la senda del deber. Fue inútil. Constituyó solamente una ilusión, que bien pronto vi

desvanecerse.

—¿Chantaje? —preguntó Ford.

—Efectivamente, chantaje. Si no el chantaje corriente, el que todos conocemos, es decir, la materialidad de exigirme dinero por guardar secreto sobre mis actividades, fué algo peor. No querían dinero los malditos. Al revés, me lo ofrecían ellos, en abundancia. Yo sólo había de hacer lo mismo que hasta entonces hiciera el sargento muerto. Creí que el hecho de no tener yo esa categoría me libraría de obedecer. No los conocía bien.

En la voz de Quimms se percibía un tinte de amargura.

—A los ocho días me vi sorprendido con el nombramiento de sargento. El nombramiento, que yo, ingenuamente, había creído merecer en otras ocasiones, y que recibí entonces, cuando ni lo esperaba ni lo merecía. Aquella misma tarde recibí la visita de Parrot y Stewart. Eran los dos jefazos de la banda. Es inútil decirle lo que querían. Y también lo es decirle que terminé por aceptar las condiciones que me impusieron.

—¿En qué consistía su ayuda?

—Tenía que dar cuantas facilidades pudiera para que las actividades de la banda no se vieran interceptadas por la acción policíaca. Para ello escogían siempre el sector confiado a mi custodia, para pasar por él la mercancía. Y yo había de mandar a mis hombres a puntos alejados de los designados por Parrot y sus cómplices. Así estuve varios años, y fui ascendiendo, primero, a teniente; más tarde, a capitán. Y lo que era peor, adquiriendo una aureola de austeridad, de prestigio en el Cuerpo que me abochornaba.

—¿Qué hacía usted con el dinero que le darían por su complicidad?

—No he tocado a un solo céntimo del dinero que recibí. Hace mucho tiempo que acariciaba un proyecto, y esperaba una ocasión para ponerlo en práctica. Tenía proyectado reunir una cantidad respetable, y cuando lo lograra, abandonar la banda, marchar de los Estados Unidos y rehacer mi vida en cualquier punto de Europa.

—¿Por qué no lo hizo?

El capitán Quimms se encogió de hombros. Luego respondió:

—No era tan sencillo. Sólo se me ofreció una ocasión. Intenté aprovecharla. Saqué un billete del avión para Méjico. Por parte de

la Policía no hubo inconveniente alguno. Tenía derecho a unas vacaciones, y no tenía nada de particular que las quisiera pasar en aquel país. Pero cuando ya en el aeródromo me disponía a subir al avión que había de transportarme a Méjico, aparecieron a mi lado Parrot y otros dos hombres. Tuve que desistir. Desde entonces estuve vigilado por alguno de ellos, casi constantemente.

—¿Fué entonces cuando se le ocurrió acabar con la banda?

—No. Fué bastante después. Hace unos tres meses de esto. Nos habíamos reunido, como de costumbre, en casa de Clifords. Parrot nos habló de dar mayor amplitud a las actividades de la banda. Lo de las drogas producía, pero había algo que podría proporcionarnos mayores ingresos. Se trataba del robo y venta de documentos de carácter militar o de interés nacional, para venderlos a quien mejor pagara.

Hizo una breve pausa antes de continuar su relato.

—Lo poco bueno que todavía había en mí se sublevó a la idea de traicionar a mi patria. Se produjo una discusión bastante acalorada. Había dos o tres a los que los nuevos planes de Parrot no les gustaron. Promesas y amenazas terminaron bien pronto con toda resistencia. Yo no abrí la boca, para aprobar o desaprobare la idea. Ni me pidieron mi parecer. En realidad, yo carecía de voz y voto en aquellas reuniones, a las que se me obligaba a ir más bien para amarrarme más a ellos que porque mi opinión les interesara. Clifords, que jamás había sentido hacia mí la menor simpatía, quiso conocer mi opinión. Le contesté encogiéndome de hombros, sencillamente. Yo ya tenía decidida mi actitud. Terminaría con la banda.

—¿No hubiera sido mejor dar cuenta a sus superiores de cuánto ocurría? —preguntó Ford.

—No lo sé —respondió Quimms, después de un momento de vacilación—. No me detuve a pensar en ello. Usted no puede hacerse una idea de lo que yo odiaba a todos aquellos hombres. A todos. Habían destrozado mi vida. Habían hecho de mí un miserable, el peor de los miserables, el que, valiéndose del cargo de confianza que la nación ha depositado en él, trabajaren contra de ella, la traiciona. Podía entregarlos a la Justicia, es verdad; pero con ellos caería yo también, y hasta era posible que alguno de ellos, valiéndose de amistades con mangoneadores políticos, escapara al

castigo. ¡No! Había de ser yo, yo mismo, el que terminara con ellos. Y empecé por Clifords. Tenía la seguridad de que éste me vigilaba con mayor celo que nadie; que desconfiaba de mí.

—¿Cómo lo mató?

—Fue sencillísimo. Me ayudó la casualidad o la suerte. Estaba él esperando el Metro. Había bastante gente en el andén y él se encontraba al borde del mismo. No se había dado cuenta de mi presencia allí, y, por mi parte, hasta entonces no se me había ocurrido empezar todavía a llevar a efecto mi plan. En realidad, todavía no había formado ninguno. Me había acercado hasta ponerme detrás de él. El número de personas aumentaba por momentos. Se oyó el ruido del convoy que llegaba y se produjo un movimiento ondulante entre la gente. Entonces se me ocurrió la idea, y en el preciso momento en que el tren entraba en la estación, aprovechando otro movimiento de vaivén, metí mi brazo entre dos personas y empujé...

Ford miraba horrorizado a aquel hombre que contaba con tanta sencillez su crimen. En la voz de Quimms no había la menor emoción ni el más ligero tono de remordimiento. Hablaba con voz igual, sin inflexiones, como si estuviera contando algo completamente ajeno a su persona.

El agente se afianzaba en su idea de que se hallaba ante un anormal. Un hombre que, falto de carácter, no había sabido reaccionar ante la vida de crímenes a que fué empujado y la soportó por espacio de muchos años sin protestar, sin intentar rebelarse, y que, cuando por fin se abrió en su mente la idea de libertarse de sus verdugos, en vez de hacerlo de modo normal, denunciándolos a la Justicia y haciendo frente, con gallardía, a sus propias responsabilidades, su cerebro enfermo, influido acaso por un largo número de años de vida delictuosa, recurre al crimen, a otra nueva y larga serie de crímenes.

Su retorcida argumentación, las extrañas contradicciones que se desprendían de su propio relato, como la de no querer aprovecharse de un solo centavo de sus ingresos en la banda, pero con la idea de reunirlos para llevárselo al extranjero y allí rehacer su vida, con una fortuna manchada por el crimen, reflejaba la anormal forma de razonar de Quimms, cuyo cerebro estaba, a juicio de Ford, completamente trastornado.

El capitán asesino se había detenido en su relato y parecía ensimismado en penosos pensamientos.

El agente especial no había estado atento solamente al relato del criminal. Siempre que Quimms miraba hacia otro punto de la estancia o se levantaba a dar cortos y agitadísimos paseos por la habitación, Ford forcejeaba con disimulo con brazos y piernas, con la esperanza de aflojar algo sus ligaduras. No se hacía ilusiones acerca de su situación. Había cometido la imprudencia de callar al inspector *Pack* sus sospechas acerca de la culpabilidad de Quimms, por temor a que su jefe se le riera en sus propias narices, juzgándolas absurdas, y ahora pagaba las consecuencias.

Era completamente inútil pensar que pudiera llegarle socorro alguno del exterior. Nadie sabía contra quién dirigía sus pesquisas y mucho menos en qué lugar de Nueva York podría encontrarse en aquel momento. Solamente de sí mismo podría esperar algo, aunque no sabía lo que podría hacer, amarrado de pies y manos a aquel sillón.

Hasta el momento, sus ligeros forcejeos no habían obtenido fruto alguno. Es verdad que el cordón de seda que unía su pierna derecha a la pata del sillón parecía haberse aflojado algo y concedía cierta holgura a la pierna, aunque no la suficiente para poder moverla con libertad. Su única esperanza estaba en que Quimms no se diera cuenta de sus esfuerzos y, sobre todo, que continuara el relato de sus crímenes, con lo que ganaba tiempo, en espera de una ayuda absolutamente problemática.

Pero Quimms no parecía muy dispuesto a continuar conversando. Ahora parecía sumido en profunda meditación e incluso haberse olvidado de la presencia del prisionero. Pero en cualquier momento dado, en su cabeza podría volver a imprimirse la idea de la conciencia de deshacerse cuanto antes del único hombre que sospechaba de él.

De pronto pareció despertar de un sueño, y preguntó al agente:

—Me ha dicho usted antes que empezó a sospechar de mí a raíz de la muerte del portero. ¿Por qué? ¿Es cierto eso o solamente un «bluff»?

—Es cierto —respondió Ford, mirándole fijamente a los ojos—. Junto al cuerpo del infeliz Stone encontré un botón; ese botón le pertenece a usted. Todavía no se ha dado cuenta de que le falta.

Aquel día llevaba usted el mismo traje que lleva ahora. Mírese la manga. Quimms se miró, como le habían ordenado; pero si Ford había creído que aquello iba a producir en el criminal alguna sensación, se equivocó. Estuvo mirando por espacio de unos segundos el lugar donde había estado el botón. Luego se volvió, sonriendo, hacia el agente diciéndole con un tono como de disculpa.

—Éste es uno de los inconvenientes de ser un solterón. Estos pequeños detalles se nos escapan.

Y luego, con un tono que desagradó completamente al joven, añadió:

—También es una razón más para que me deshaga de usted. Y le repito que lo siento. Es usted un joven simpático y de mucho porvenir. Lo siento, de verdad.

—No puede hacer eso, Quimms. Es inútil que aumente el número de sus crímenes. No tiene salvación alguna. A estas horas, mi jefe sabe ya lo mismo que yo sé. Mi desaparición confirmaría mis sospechas y *Pack* actuaría inmediatamente, inexorablemente.

Quimms dejó escapar nuevamente una risita.

—No se pase de listo, Ford. Usted no ha dado cuenta a nadie de sus sospechas. De haber sido así, ya estaría aquí ese bueno de *Pack* con una crecida cantidad de sus agentes. Usted debe morir. Y si no ha muerto ya ha sido por la sencilla razón de que no acabo de dar con una solución para deshacerme de su cuerpo. Pero no dude que la encontraré. Es muy engorroso deshacerse de un cadáver. Pero, pensándolo con detenimiento y haciendo las cosas bien, no es imposible.

Un nuevo forcejeo de la pierna derecha, hecho casi en las mismas narices del loco, proporcionó al agente una pequeña alegría. La pierna se movía con mayor holgura. El cordón de seda, va muy gastado, podría ceder con otro esfuerzo más. No sería mucha la ventaja si quedaba sujeto por las manos y la otra pierna al pesado sillón, pero siempre sería más que no poder mover ninguno de los miembros.

El loco parecía entregado nuevamente a encontrar solución a la desaparición del cuerpo del agente, una vez muerto éste. Comenzó nuevamente sus paseos por la habitación, y cada vez que le volvía la espalda, Ford, sin dejar de mirarlo, forcejeaba de nuevo. De pronto sintió que una gran alegría le invadía el pecho. El cordón se

había aflojado o se había roto. Podía mover la pierna derecha libremente.

No era gran cosa si el loco se daba cuenta de ello. Suponía lo que haría, de ser así. Saltaría sobre la pistola que tenía sobre la mesa y, desde lejos, dispararía sobre él. Pero si por fortuna no se daba cuenta y lograba que se acercara a él, entonces Ford estaba seguro de ganar la partida. El hombrecillo que tenía decretada su muerte no resistiría una patada bien asestada. El quid estaba en acertar el golpe en algún sitio vulnerable.

Tenía que distraerlo de su actual preocupación. Hacer que se pusiera a su alcance.

—¿Por qué disparó usted contra el «cop», Quimms? Eso no tiene disculpa.

El criminal cesó en sus paseos. Volvióse hacia el agente y se pasó la mano por la frente como queriendo ahuyentar de ella algo que le atormentaba.

—Es cierto —dijo—. No disparé contra él. La andanada de mi pistola ametralladora iba dirigida contra usted. Él se interpuso...

La declaración de Edith Taylor y su hija Esther terminó con las vacilaciones del inspector *Pack*, que hasta entonces se había negado, a creer lo que para él constituía únicamente una fantasía de Taft. Pero tuvo que declararse vencido ante la evidencia, y se dispuso a obrar con toda energía. Pero al mismo tiempo con la mayor discreción posible, puesto que no ignoraba el revuelo que iba a causar en toda la nación la noticia de que el misterioso asesino era nada más, ni nada menos, que un capitán de la Policía Metropolitana.

Desplazó inmediatamente a varios de sus agentes para que localizaran a la mayor brevedad al agente especial Joel Ford, del que hacía varias horas que no se tenían noticias.

Supo, por el agente de guardia en el antedespacho, que Ford había estado allí varias horas antes, pero que aunque se le había dicho que el inspector deseaba hablar de él, salió precipitadamente diciendo que tenía mucha prisa y no podía quedarse más tiempo allí.

—Creo que me dijo —añadió el agente— que de su rapidez en actuar dependía la vida de alguien.

—Averigüe usted inmediatamente qué vino a buscar aquí —ordenó el inspector.

No tardó en volver el agente con unas cuantas fotos en la mano, que enseñó a *Pack*, que las miró perplejo. La voz de Esther le hizo sobresaltarse.

—Si me permite ver esas fotos, inspector; Joel estuvo en casa para que yo viera unas. Puede que sean esas mismas.

Esther se limitó a echarles un vistazo. Seguidamente, cogiendo una de ellas, se la entregó a *Pack* diciéndole:

—Éste es uno de los hombres que asistían a las reuniones de Clifords. Se lo dije así a Joel.

Un agente salió inmediatamente para el domicilio de Tony Spalato, mientras que *Pack* telefoneaba a la Policía Metropolitana.

—Quiero hablar con el capitán Quimms —dijo al guardia que se puso al aparato—. Soy el inspector *Pack* del F. B. I.

—El capitán Quininas no se encuentra en este momento aquí, inspector. Ya le diré cuando regrese que usted desea hablarle.

A los dos minutos exactamente de colgar el aparato, volvió a sonar de nuevo el timbre del teléfono. Era el agente que había sido enviado al domicilio de Spalato.

—Oiga, inspector —dijo el agente—: Spalato ha sido asesinado. Apuñalado por la espalda. Esto está invadido por la Metropolitana...

—¿Está ahí Quimms? —interrumpió el inspector.

—No, señor. He hablado con una especie de bruja que hace de portera de este antro. Acusa a Ford de ser el asesino. Ha sido el último que preguntó por Spalato y subió a verle a su departamento. Ha dado sus señas. Los de la Metropolitana dicen que ha sido asesinado por algún cómplice. No sospechan de Ford porque las señas que ha dado la portera no les han hecho sospechar, naturalmente no lo conocen.

—Bien. ¿Hay algo más?

—Sí. He logrado de esta bruja las señas del hombre que también visitó a Spalato. Las señas corresponden a Quimms.

—¿Seguro?

—Con toda seguridad —respondió el agente.

—Bien, Scoot. No se mueva de ahí hasta que no terminen éstos.

Si va por ahí Quimms, péguese a él como si fuera su sombra, pero sin llamar la atención, y telefonéeme si así fuera.

Volvióse hacia Edith y Esther, que le oían asustadas. Para la última, la calma del inspector *Pack* le parecía inconcebible. Ella había comenzado a hacer suposiciones acerca de dónde podría estar Joel Ford, y su imaginación le presentaba diversos cuadros que no eran los más indicados para calmar su nerviosidad.

Pack se había sentado otra vez ante su mesa y parecía haberse olvidado de la presencia de aquellas tres personas en su despacho.

—¿Qué piensa usted hacer, inspector? ¿No va a buscar a Joel? —preguntó la joven, sin poderse contener.

El inspector levantó la cabeza con gesto de sorpresa. No pensaba en su agente en aquel momento. Consideraba a Ford como muy capaz de salir con bien de cualquier fregado en que se hubiera metido por sus propias fuerzas. En cambio, le preocupaba mucho, la forma de proceder a la detención de Quimms.

La más elemental cortesía aconsejaba poner al corriente de todo lo averiguado a los jefes del capitán asesino. Pero no veía forma de dar aquel paso. Como es natural, los jefes de la Metropolitana exigirían pruebas, pruebas materiales y claras de la culpabilidad de su subordinado. No sería suficiente la declaración de Taft, uno de sus cómplices, en las sucias actividades de la asociación criminal a cuyos miembros había ido eliminando uno por uno el capitán.

Miró a las dos mujeres como si las viera por primera vez. Tardó todavía unos segundos en responder a las preguntas de la joven.

—¿Ford? ¡Ah, sí! No se preocupe por él, joven. Ford es perro viejo y sabrá salir del apuro, si es que está apurado. Vuélvanse a su casa y ya verán como no tarda mucho en ir a verlas.

Creyó que con estas palabras terminaría la entrevista y volvióse hacia Taft, que había permanecido silencioso todo el tiempo, entregado también a no muy agradables meditaciones. Pero Esther no se daba por vencida. Su imaginación continuaba gastándole bromas pesadas a costa de los peligros que en aquel preciso momento debía estar corriendo el agente especial. Se encaró, furiosa, con el inspector, que la miró asombrado.

—¡Está usted hecho de pasta flora, inspector! —gritó, histéricamente—. Usted tendrá mucha confianza en el valor y habilidad de sus agentes y podrá esperar tranquilamente a que

salgan como puedan de las situaciones peligrosas en que se hallen; pero ¡yo no! Yo no estoy dispuesta a que a Joel le pase nada malo, ¿me entiende? Y puesto que los hombres que usted ha mandado no son capaces de encontrarlo, lo haré yo.

El inspector *Pack* se echó a reír a carcajadas al oír a la joven, y cuando ésta hubo terminado de hablar, exclamó:

—Comprendo, muchacha. Comprendo su interés por él. ¡Qué suerte tiene el maldito! Pero óigame: ¿me quiere decir en qué lugar piensa encontrar a ese botarate?

Esther quedóse como cortada ante la pregunta del inspector. La verdad era que no tenía ni la menor idea de dónde podría hallar a aquel demonio de hombre que en tan pocas horas se había metido tan hondo en su pecho.

—No lo sé —confesó tras un segundo de vacilación—. Lo único que puedo decirle es que yo no me podré estar cruzada de brazos sin hacer nada. Tengo la seguridad de que está corriendo un grave peligro. Me lo dice el corazón.

—¡Niña! —habló su madre, escandalizada por aquel amor tan súbito.

—Sí, mamá. Le quiero, y estoy segura de que él también me quiere. Y no permaneceré mano sobre mano mientras que...

Volvióse al inspector, que la contemplaba divertido.

—Inspector: dígame dónde vive ese capitán, ese asesino.

La divertida sonrisa que campeaba en los labios de *Pack* se borró con rapidez. ¡El demonio de la chica! Claro es que ni Quimms ni Ford estarían en la casa de aquél. Si Quimms tenía la menor sospecha de que su juego había sido descubierto, el último sitio donde se le ocurriría ir sería su propia casa. Era lógico. Pero también lo era que la más elemental norma policíaca aconsejaba no descuidar ningún punto por absurdo que pareciera. Y aunque sólo fuera por cubrir el expediente, la casa de Quimms debía estar vigilada. Y él no había dado orden alguna en dicho sentido.

Tocó un timbre y dijo al agente que acudió a su llamada:

—Que preparen un coche inmediatamente. Usted mismo, Scoot, y otro compañero cualquiera prepárense para acompañarme. ¡Ah, llévase a este hombre detenido! Queda incomunicado hasta nueva orden —dijo, señalando a Taft.

El viejo granjero, con la cabeza baja, salió de la estancia

acompañado por el agente Scoot. El inspector se volvió hacia las dos mujeres.

—Usted gana, joven. Vamos a ir a casa de Quimms. No creo que esté allí, y tampoco que esté Ford; pero de todos modos vamos a dar ese paso para su satisfacción. Vuélvanse a casa, que ya les llamaré yo...

—Nada de eso, inspector —dijo la joven, con voz resuelta—. La idea ha sido mía y tengo cierto derecho. Yo voy con usted.

—¡Eso es imposible, Esther! —respondió el inspector.

—Yo también iré —insistió Esther—. Si no voy con usted iré tras de usted. Nadie podrá impedírmelo.

—Pero...

—Es inútil que insista —terció la madre de Esther—. No conseguirá nada. ¡Es hija mía!

El inspector miraba a las dos mujeres, perplejo. Luego, sonriendo, se dirigió a Edith.

—¿Usted también quiere venir, señora?

—No, inspector. Yo ya no estoy para esos trotes. Ni estoy enamorada. Esperaré en casa tranquilamente.

—Bien; no tengo valor para negarle ese capricho. Al fin y al cabo, usted ha sido realmente la que ha puesto en claro éste lío. Pero debo advertirle que si está allí Quimms, la visita puede ser peligrosa. No respondo de lo que suceda.

—No se preocupe, inspector. No me asustan los tiros.

Joel Ford juzgó llegada la oportunidad de obrar. No le era posible esperar por más tiempo. En cualquier momento dado, Quimms podría darse cuenta de que había logrado liberar su pierna derecha, y su reacción sería inmediata y fatal para él.

El asesino se inclinaba en aquel momento para tomar asiento de nuevo ante su prisionero. Ford se lo impidió. Con toda la fuerza que le permitió la extraña posición en que se hallaba extendió la pierna libre, hundiéndola materialmente en el bajo vientre del capitán.

El asesino dio un alarido de dolor y cayó al suelo, medio desvanecido. Ford arrastró tras de sí la butaca a la que estaba amarrado, y de nuevo volvió a golpear el cuerpo caído con la pierna libre.

Todo su interés se cifraba, de momento, en que el hombrecillo perdiera el conocimiento y él tuviera tiempo suficiente para

deshacerse de sus ligaduras. Pero Quimms no era tan endeble como parecía. A pesar de los golpes recibidos, empezaba a rebullir de nuevo, y el maldito cordón que sujetaba la pierna izquierda parecía haberse contraído con los esfuerzos de Ford y sujetaba con mayor fuerza el miembro a la pata de la butaca.

Quimms empezaba a intentar levantarse. Su rostro estaba pálido como la muerte, pero en sus ojillos brillaba una lucecilla que no auguraba nada bueno para el agente. Era necesario impedir que se levantara, pues de lograrlo, todo habría terminado. Ya no habría que pensar en cogerlo en una nueva distracción.

Abandonó por unos momentos sus esfuerzos para librarse de sus ligaduras, y reuniendo todas sus fuerzas, Ford dio un salto formidable y cayó con toda su corpulencia, aumentada por el peso de la sólida butaca, sobre el capitán. Y entre las cuatro paredes de la reducida habitación empezó una de las luchas más originales y feroces de todos los tiempos.

Ford golpeaba con la única pierna libre, y con su peso procuraba inmovilizar al asesino, mientras que éste, duplicada sus fuerzas por la locura, hacía inauditos esfuerzos para apresar entre sus manos el cuello del agente del

F. B. I.

La butaca bailoteaba al compás de los esfuerzos del cuerpo de Ford y amenazaba convertirse en un arma ciega que lo mismo podía herir a uno que a otro adversario.

Duraba la lucha varios minutos. Los dos combatientes se golpeaban con furia inaudita, pero comenzaba a señalarse una clara ventaja para el criminal, que, disponiendo con libertad de todos sus miembros, había logrado por fin apresar entre sus manos el cuello del agente.

Ford comprendía perfectamente lo que le ocurriría si no lograba reaccionar con la mayor energía. La lucha, que de haber gozado el joven de plena libertad de movimientos no habría durado más que unos segundos escasamente, se presentaba, en la forma en que estaba desarrollándose, con muy mal cariz para él.

Quimms era un hombre de cincuenta años, de corpulencia mediana tan sólo; pero la desesperación y la locura decuplicaban sus fuerzas, y en aquel momento era de manifiesta peligrosidad.

El agente del

F. B. I.

sentía atenazado su cuello por las garras del loco. El pesado butacón, que continuaba sujeto a su espalda como joroba de dromedario, le impedía moverse con facilidad. Continuaban en la misma postura: el capitán Quimms, tendido de espaldas en el suelo, aguantando con entereza no solamente los golpes de Ford, sino también el peso de éste, aumentado por el de la butaca. Y ésta se movía amenazadoramente al compás de los movimientos del joven, amenazando peligrosamente con caer sobre la cabeza de alguno de los contendientes si las ligaduras se rompían.

Haciendo un violento escorzo con todo su cuerpo, Ford logró asestar un formidable rodillazo al asesino en pleno vientre. La presión de las manos sobre su cuello se alivió. Joel hizo un supremo esfuerzo para levantarse cuando ya el otro volvía al ataque. Lo logró por fin y con toda la velocidad que le permitieron sus ya escasas fuerzas giró sobre sí mismo y se dejó caer de golpe sobre Quimms, que recibió en la cabeza la mole de la butaca.

El terrible porrazo causó un doble efecto. La resistencia de Quimms cesó, y Ford, que se había incrústalo en los riñones el filo del asiento, cayó desvanecido sobre el cuerpo del criminal. Sin embargo, antes de perder el sentido creyó oír que una voz de mujer gritaba repetidamente su nombre.

El hombre que unas horas más tarde estaba sentado en el filo de un sillón en el despacho del inspector *Pack* presentaba un aspecto lamentabilísimo. Con el brazo en cabestrillo, la cabeza vendada y la cara cruzada en todas las direcciones por múltiples tiras de esparadrapo, sólo dejaba ver sus ojillos grises e irónicos, que fijaba con más frecuencia en la joven que se hallaba sentada a su lado que en el rostro del inspector *Pack*, que esperaba impaciente el relato de sus desventuras.

—Es usted más terco que una mula, Ford —decía el inspector por enésima vez—. Debiera estar ocupando el lecho de un hospital en vez de estar ahí mirándonos a todos en esa postura, que parece que se ha tragado un sable y no lo ha digerido. Hay que reconocer que ese demonio de Quimms le ha puesto a usted hecho un «ecce homo».

De los hinchados labios del agente especial Joel Ford salieron

unos sonidos que ni el más optimista hubiera podido calificar de risa. Y, no obstante, así era. A continuación, los sonidos cambiaron de tono, y Esther Taylor, que se encontraba junto a él y lo miraba embelesada, los tradujo.

—Pregunta qué le ha ocurrido a Quimms —dijo.

—Está grave —respondió *Pack*—. Aparte de la innumerable cantidad de heridas que le produjo usted con aquella infernal butaca, los médicos diagnostican locura incurable. Salvará la vida, pero terminará sus días en un manicomio penitenciario. Pero en un momento de lucidez ha hecho una confesión casi completa. Además, han sido hallados en su poder los documentos robados y que él robó a su vez a Parrot. Asegura que pensaba devolverlos cuando hubiera terminado con la banda.

Luego, cambiando de conversación, añadió:

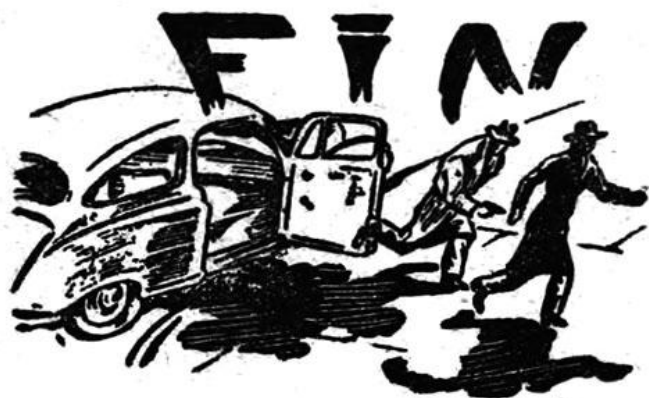
—Bueno, constituyese usted una nueva preocupación para mí. No sé qué hacer con usted. Si se niega a que lo metamos en un hospital, ¿adónde quiere que lo envíe?

Ford, conteniendo con trabajo el dolor que sin duda debía producirle mover los labios, habló por primera vez con voz clara e inteligible:

—No se preocupe, inspector; tengo la enfermera mejor y más bonita de Nueva York —respondió, mirando a Esther—. ¿Cree usted que nadie me puede cuidar mejor que mi mujercita?

Esther, saltando del sillón en que estaba, se echó en brazos del agente y unió sus bellos labios a los tumefactos del joven.

Por la expresión que se reflejó, en el rostro de éste y el alarido que lanzó no es posible decir que al joven le hiciera mucha gracia aquella primera caricia de su prometida.



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS de HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

Publicación semanal. 5 pts.

**AVENTURAS DEL
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

**EXTRAORDINARIA
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos ocurridos en el bravo Far-West americano.

Publicación semanal. 5 pts.

PROEZAS

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras plenas de humanidad.

Publicación semanal. 5 pts.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

Publicación quincenal. 2 pts.

JEQUE BLANCO

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

Publicación semanal. 5 pts.

**AVENTURAS DEL
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

**EXTRAORDINARIA
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos ocurridos en el bravío Far-West americano.

Publicación semanal. 5 pts.

PROEZAS

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras llenas de humanidad.

Publicación semanal. 5 pts.s.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

Publicación quincenal. 2 pts.

JEQUE BLANCO

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

5 ptas.

